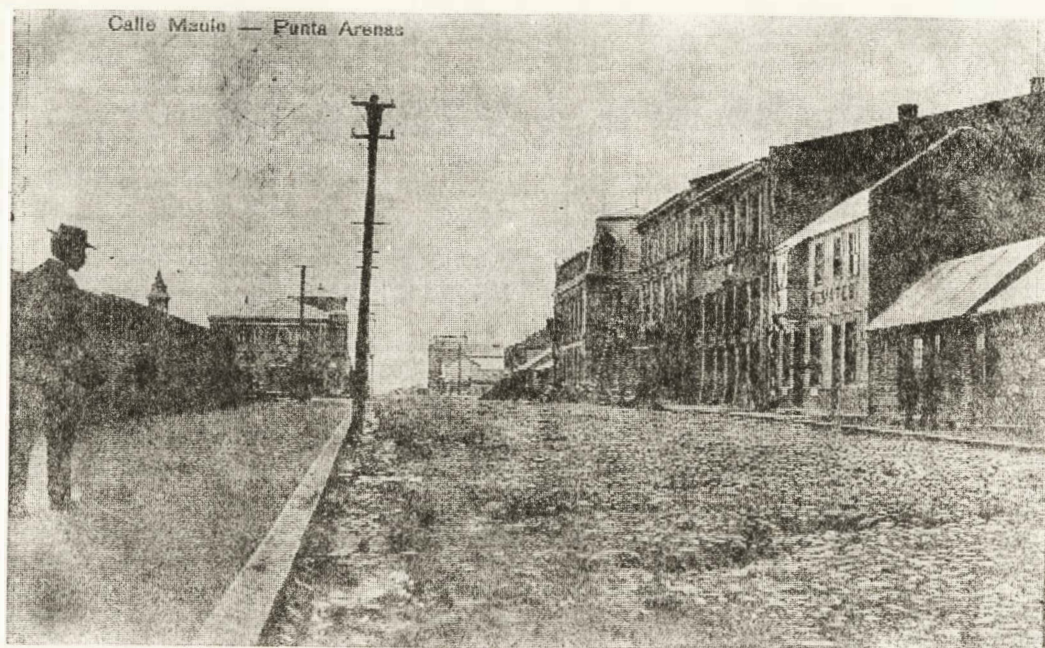


**Juan B. Contardi**

**LA  
PEQUEÑA BABEL  
MAGALLANICA  
1888-1889**



**MUSEO DE LA PATAGONIA**

**Punta Arenas-Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.**

JUAN B. CONTARDI

***LA PEQUEÑA BABEL***  
***MAGALLANICA***

***1888-1889***

**MUSEO DE LA PATAGONIA**

PUNTA ARENAS

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

IMPRESO EN LOS TALLERES GRAFICOS DE "EL RANCAGUINO"

O'CARROL 518 — RANCAGUA, CHILE -- 1975



La pequeña historia de la que está hecha la gran historia sólo pueden contarla con realismo y ecuanimidad quienes la han vivido y, podríamos agregar, aquellos que han dejado transcurrir el tiempo y pueden mirarla con perspectiva y con nostalgia. Una nostalgia escondida, pues, en ocasiones, la materia sobre la que escriben tiene la dureza de los tiempos creadores, donde todo es fuerza, fe y, a veces, hasta desprecio por el sacrificio ajeno.

Don Juan B. Contardo es un espléndido testigo. No pretende encerrar en estas reminiscencias de un antiguo vecino toda la historia de dos años, que abarcan más hacia el pasado, como si aquellos fueran explicados por la suma del tiempo anterior y en algo del desarrollo futuro. Pionero incansable estuvo ligado a las actividades creadoras y sociales del territorio magallánico: desde integrante de la Junta de Alcaldes, a Cónsul de su Patria, a colaborador de Gabriela Mistral y Julio Munizaga Ossandón en la espléndida revista "Mireya", a fundador, antes, de la prensa del último rincón de Chile, a través del diario "El Magallanes" que lleva 86 años de existencia. No se puede resumir en un pequeño prólogo que tiene la finalidad de encabezar sus Memorias interrumpidas todo lo que significó en tarea creativa la personalidad de don Juan B. Contardi. Digamos sólo que pinta una escena a través de dos figuras antagónicas, a las cuales sirven de fondo, la acción de muchos hombres extranjeros que hicieron su segunda patria de esa isla que formaba parte del continente: el gobernador don Diego Dublé Almeyda y Julio Popper. Y a ella agregamos los antecedentes de la iniciación de la vida periodística en Punta Arenas.

El Museo de la Patagonia, gracias a la generosidad de las hijas de don Juan B. Contardi, entrega este fragmento de historia vivida, que se lee con profundo interés de la cosa viva y significativa. La entrega para que los hijos de esa tierra conozcan el pormenor de cómo duramente se construyó, y para que los que hoy transitan sobre lo construído, sepan de cuánto esfuerzo y espíritu se hace el destino de una parte de la patria.

*Roque Esteban Scarpa*



# REMINISCENCIAS DE UN ANTIGUO VECINO

La vejez y el frío invernal son aglutinantes de la nostalgia; son fragmentos de la misma naturaleza que ligados entre sí nos inclinan a revivir memorias y evocar recuerdos de hombres y cosas ya caídos en el olvido. Remembranzas de una época en que la vida magallánica, en proceso de transformación, volvía las espaldas a sus falsos profetas y saltando a pie juntillas la charca torva de su pasado, se disponía a emprender su marcha ascendente hacia los dominios superiores de la cultura y la civilización.

Contemplados a medio siglo de distancia, los hechos pierden en mucho sus contornos de realidad y se diluyen, poco a poco, como niebla en el mar. Por otra parte, los protagonistas han desaparecido en su casi totalidad. No creo que sean más de una decena los sobrevivientes, pero en trance, ellos también, de despedida, si es que en el interin no logramos, con la ayuda del doctor Carrel, desvirtuar la consabida expresión de la "Parca inexorable".

¿Valdrá la pena remozar figuras y episodios de la vida local de otros tiempos, cuya veracidad, en conjunto o en detalle, depende exclusivamente de la buena fe del narrador?

¡Es tan fácil y tentadora para el cronista imaginativo la transmutación de la

historia en historieta y de la crítica en pelambrillo!

Sin embargo, es muy distinto el caso cuando el articulista se allana a firmar sus disquisiciones, quizás por aquello de que "las palabras vuelan y los escritos quedan", y que según el texto latino debe interpretarse "las palabras no se consignan más que por testimonios auriculares, y lo escrito permanece mientras no se destruya. Conviene, pues, andar muy circunspecto antes de tomar la pluma, sobre todo para firmar."

Claro es que, a pesar del compromiso, no me propongo escribir una serie de oraciones fúnebres. Sin gazmoñerías ridículas, voy a evocar siluetas de hombres recios, así como eran en vida: con sus defectos y sus virtudes. Hombres de verdad, luego, y no muñecos decorativos para solaz de los incrédulos.

\* \* \*

Escribo de prisa y sin ajustarme a un orden estrictamente cronológico, ya que mi propósito es dar una idea, aunque sea pálida e incompleta, de lo que era la sociabilidad puntarenense en los tiempos de mi referencia; crónica, pues, mal hilvanada para la ocasión y no historia severa



para la posteridad, que para esta última no me siento capacitado. Evoco mis recuerdos en tropel, procurando no apartarme un ápice de la verdad o, por lo menos, de la verdad que yo he conocido y vivido. Lo esencial en este caso es no sacrificar mis impresiones personales en aras de la hipocresía convencional.

Por lo demás, puedo anticipar que mis sentimientos recordativos acerca de los hombres que necesariamente han de desfilar a través de esta reseña son de afecto y admiración; todos ellos han contribuido, en mayor o menor escala, al resurgimiento y progreso de la antigua Colonia de Magallanes y bien merecen el homenaje respetuoso de sus descendientes.

No pienso dramatizar una época determinada de nuestra historia regional, puesto que el Estrecho y sus tierras adya-

centes, desde su descubrimiento en 1520 hasta mediados del siglo XIX, han sido el teatro de las más horrendas tragedias, y los sucesos que me ha tocado presenciar posteriormente ya correspondían a un período de transición en que la fiera del conquistador primitivo suavizaba sus instintos y sus métodos ante las exigencias más humanas y civiles de una sociedad en formación.

Quiero si ambientar estos relatos hasta dónde lo permitan mis escasas facultades descriptivas, e imprimir, si me resulta posible, un hálito de vida a sus personajes, cuyas flaquezas o desbordes propios del tiempo y de las circunstancias, no amenguan en lo más mínimo la grandeza de su obra.

Y ahora veamos el escenario.



# PUNTA ARENAS

## EN 1888-1889

Aunque trazada correctamente en el papel por el Gobernador don Oscar Viel en 1868, la planta de la ciudad distaba mucho de su actual configuración topográfica. Las sinuosidades profundas y en algunas partes escarpadas del terreno no admitían una edificación siquiera medianamente alineada. Las tres avenidas, Independencia, Libertad (hoy España) y Colón, señalaban tan sólo en nuestra imaginación los límites urbanos de Punta Arenas. La primera y la segunda estaban cubiertas de raíces y troncos de árboles caídos o quemados y la última, desde la esquina de Ñuble (hoy Lautaro Navarro) hasta las arenas movedizas de la playa, se encontraba casi completamente obstruida por espesos matorrales.

El río de las Minas, desembridado y agresivo en la estación de llena, cambiaba de alveo a su antojo, tragándose o dejando en seco, según su humor, el puentecillo a dos tablones de la calle Atacama (hoy Borjes). Hacia arriba, a menos de un kilómetro de la ciudad, el monte verde cubría aún las mesetas y laderas de los cerros circundantes. El río de la Mano, más humilde y respetuoso que su vecino del norte, deslizaba mansamente su caudal hacia el Estrecho bajo el dosel impe-

netrable de una vegetación pródiga y enmarañada.

Las calles, salvo unas tres o cuatro cuadras en el barrio central, tampoco merecían el nombre de tales. Durante la media estación la mayor parte de ellas, invadidas por las aguas pluviales, se convertían en peligrosos lodazales o cenagosas lagunas, según su desnivel. Estas características bastante incómodas del tráfico local, obligaban a los habitantes de la zona urbana a tres sistemas distintos de calzado: patines de hielo en los días de escarcha; botas altas en los lluviosos; y zapatos de doble suela bajo las glorias del estío.

También el alumbrado público estaba sujeto a tres factores naturales: la luna en su trayectoria obligada, aunque no siempre visible, alrededor de la Tierra; el farol a petróleo cuando nuestro voluble satélite se ocultaba por razones conjuntivas o meteorológicas, y la botella-farol a vela estearina como sustituto ocasional cuando, por accidentes de tiempo o lugar, fallaban los dos primeros recursos habituales.

La plaza Muñoz Gamero —única en aquella época— presentaba un aspecto un tanto desolado. En su costado Norte no existían sino tres edificios: en la es-



quina con la calle Magallanes un buen chalet de material ligero, ocupado por la casa comercial de don José Menéndez y sus habitaciones particulares; al centro una sencilla y vasta construcción de madera y fierro galvanizado en que tenía sus anaqueles y sus oficinas la casa comercial de los señores Nogueira y Blanchard, sucesora de don José Nogueira; y en la esquina de la calle Atacama, en un pequeño y vetusto edificio, la botica del farmacéutico de la Colonia, don José Venegas; al otro lado de la calle la casa esquina de don José Baeriswyl; y en el ángulo de las calles Magallanes y Valparaíso (hoy Pedro Montt), el almacén y casa particular de don Guillermo Bloom.

En el costado Este se asomaban confusamente tres largos edificios achatados, de propiedad fiscal, dos de los cuales, con setenta años auestas, ostentan aún hoy día a fuerza de remiendos y postizos su venerable ancianidad. En la esquina Sur se encontraba la casa-habitación del Gobernador del Territorio, don Francisco R. Sampaio, y en construcciones contiguas, el Juzgado de 1ª Instancia, desempeñado a la sazón por el Alcalde Judicial don Julio Izarnótegui, la Cárcel y el Cuartel de la Guarnición, que la componían entonces el Teniente señor Manterola, el Sargento Tapia y veinte soldados retirados del Ejército. No existía el costado Oeste, o, mejor dicho, la plaza lindaba allí con una profunda cavidad del terreno excavada mucho tiempo antes a fin de evitar la inundación de la parte baja de la ciudad.

Entonces como ahora, la plaza Muñoz Gamero era el punto céntrico y convergente de los pobladores en sus días de feriado, con la sola diferencia que el recreo matutino en su recinto herboso estaba reservado a los juegos infantiles. Los escasos petímetros de antaño tendían sus redes a pie quedo en las esquinas más estratégicas de la misma plaza, ya que el enripiado de las aceras no se prestaba para brinco de polca o pasos dobles.

A pesar de tantas asperezas del suelo, Punta Arenas, con su edificación a gradería en las faldas del Cerro y los colores vivos de sus fachadas y techumbres, tenía una vista agradable y pintoresca. Las viviendas, en general, eran deficientes, pero no faltaba una buena proporción de habitaciones más confortables y hasta lujosas.

Ya veremos más adelante cuáles eran —con su actual nomenclatura— las "arterias" de más densa población y de más intenso tráfico, si es que términos de es-

te calibre podían aplicarse a la pujante pero todavía incierta y tornadiza aldea de mis recuerdos juveniles. Como quiera era fácil advertir que tras un período ya demasiado prolongado de gestación, cristalizaba por fin los elementos substanciales que habrían de llevarla en breve a grandes destinos.

Las perspectivas de mejoramiento en las condiciones de vida se hacían cada día más tangibles. El movimiento comercial de importación aumentaba considerablemente, debido sobre todo a las crecientes necesidades de la industria ganadera. En el capítulo exportaciones, además de la lana, cueros de vacunos y de ovejunos, pieles de lobos, guanacos, zorros, avestruces y otras especies, figuraba en cantidades muy apreciables el oro extraído de los lavaderos del río de los Ciervos y río de las Minas, y en menor proporción de Leña Dura, Chabunco, Tres Puentes y Mina Rica. Especialmente en el río de las Minas se habían establecido faenas cuyo rendimiento alcanzaba a diez o doce kilos mensuales; los hallazgos de gruesas pepas de veinte, treinta o más gramos de peso eran un hecho normal, más de vez en cuando aparecían algunas de extraordinarias dimensiones. Recuerdo el caso de una de cuatrocientos cincuenta gramos y otra de ochocientos, que provocaron una verdadera explosión de entusiasmo entre los buscadores de oro, viejos y noveles, de la localidad. Aquí, así como en Siberia y en Alaska, el vellocino de la fábula realizaba el milagro de poblar tierras que, sin sus halagos, habrían permanecido aún por mucho tiempo envueltas en las brumas mentidas de su esterilidad.

En el giro comercial de la plaza participaban como firmas de primera magnitud la de don José Menéndez, fundada en 1874, y la de los señores Nogueira y Blanchard, de reciente formación. Seguían en orden de importancia las de Wehrhahn y Cía., Viuda de Meidell, Augusto Wahlen, Eduardo S. Younge y otras menores. Almacenes al menudeo los había a razón de uno por cada esquina; eran ellos los intermediarios obligados tanto en la compra de pieles, oro y otros productos, como en la venta de comestibles, tabacos, vinos, licores y demás artículos de consumo diario.

Dada su baratura, en extremos tales que hoy parecen increíbles, la vida era sumamente fácil para todos los habitantes de la Colonia. Gravitaba sí el problema de la carne, pero un problema a la inversa del actual: mucha producción y poca demanda. Un kilo de buena carne



de vacuno se vendía de diez a quince centavos, a elección del consumidor; un capón entero, de seis a ocho pesos; una gallina gorda para cazuela, a dos pesos; el pan, peso cabal, a treinta y cinco centavos el kilo; y la leche, sin bautizo, a cuarenta centavos el litro. El combustible, nuestra pesadilla de hogañ, se recogía libremente a la vera de los caminos, o bien podía comprarse, entregado a domicilio en carreta 'chancha', a diez centavos la raja de leña sana.

¿Qué decir de la vestimenta más elegante de aquel entonces? Habría para matar de espanto a nuestros sastres de hoy día. Un traje, cortado sobre medida y de casimir o cheviot inglés auténtico, valía sesenta pesos; un abrigo de paño de la misma procedencia y también sobre medida, cincuenta pesos; y todas las demás confecciones, por el estilo. Tampoco en materia de arriendos había motivo para quejarse, ya que se podía conseguir, sin mayor empeño, una buena casa de cinco o seis piezas y con todas las comodidades compatibles con la época, por el cánón mensual de veinticinco o treinta pesos, a lo sumo.

Naturalmente, el valor de los materiales de construcción guardaba relación con el monto de los arriendos; una tabla de roble, de dimensiones corrientes, que ahora vale seis pesos, valía entonces treinta y cinco centavos. Se encontraban en plena actividad, cuatro aserraderos en distintos parajes: el de Punta Carrera, perteneciente a don Julio Izarnótegui; el de Leña Dura, propiedad de don José Baerisuy; el de Tres Puentes y el de Río Seco, cuyos dueños eran don Juan Bitsch y don Alfredo W. Scott, respectivamente. En las industrias que acabo de enumerar y otras inherentes a las necesidades locales, se ocupaban unos seiscientos obreros, cuyo jornal variaba de dos a cinco pesos; esta, al parecer, pobre retribución, les permitía subvenir a sus gastos familiares dentro de un régimen de vida muy superior al que disfrutaban en la actualidad nuestras clases trabajadoras.

Las comunicaciones marítimas que, después de la apertura del Canal de Panamá, constituyen la rémora más grave para el desenvolvimiento político, administrativo y económico de esta Provincia, en

1888-1889 funcionaban por el Estrecho sin solución de continuidad. Merced a su posición geográfica, el puerto de Punta Arenas era escala casi inevitable para todos los transatlánticos en viaje a las costas del Pacífico. Atendían un servicio regular de navegación a Valparaíso los magníficos vapores de la Compañía Inglesa P.S.N.C. y de la Compañía Alemana Kosmos, con dos viajes mensuales cada una; además llegaban muchos otros barcos de distintas procedencias y nacionalidades en demanda de víveres frescos y carbón, o bien para dejar carga y pasajeros.

Este movimiento intenso en la bahía beneficiaba enormemente al comercio local y ponía a Magallanes en relaciones directas con los principales países del mundo. Ello explica también la extraordinaria afluencia de extranjeros en nuestra ciudad, a raíz de los descubrimientos de placeres auríferos en los ríos y playas del Territorio.

La llegada a este puerto de un transatlántico con muchos pasajeros de primera clase, en tránsito para dondequiera que fuese, asumía entre numerosos negociantes de la época todos los caracteres de un auspicioso acontecimiento. Como hueste cartaginesa de tiempos inmemoriales, pero siempre renovados a través de los siglos, se lanzaban ellos —en sus pequeñas embarcaciones repletas de pieles y de arcos, flechas, canastillos de junco, diminutas canoas de fabricación indígena y otras curiosidades típicas de la región— a la conquista de esa clientela flotante con una verba políglota de efecto irresistible. La mercancía, no siempre de buena ley, especialmente cuando se trataba de pretendidas manufacturas onas, yaganes y alacufes, se trocaba rápidamente en libras esterlinas relucientes y sonantes, con íntima satisfacción de ambas partes. ¿Qué más daba si la supuesta flecha mortífera del cacique tal o cual no era, en realidad, sino una de las muchísimas que salían a diario del carcax inofensivo del maestro Pérez? Lo importante era que el comprador —etnólogo o antropólogo improvisado— se llevara la preciosa reliquia, para exhibirla después en algún museo exótico, bajo su fe y con flamante inscripción explicativa, convencido de su modesta contribución a las ciencias americanistas.



# **LA PEQUEÑA BABEL**

## **MAGALLANICA EN 1888-1889**

Para completar esta rápida evocación del pasado magallánico en el período crítico de su evolución social, considero indispensable un exámen sintético del elemento humano que diera fisonomía y caracteres propios a uno de los conglomerados raciales más complejo y multicolor del Continente. Si analizamos, con conocimiento exacto y no superficial, la obra realizada por un puñado de hombres en esta última Thule del Sur, con el breve trascurso de veinticinco años (1875-1900), hemos de llegar a la conclusión que esos hombres no eran de temple común. Se ofrecían a primera vista como un mosaico de gente confusa, extravagante y mal avenida, pero un espíritu indagador no tardaba en descubrir cierta afinidad mental y emotiva muy singular entre las personas de tan diversas razas y progenies. El fenómeno encontraba su explicación en las necesidades imperiosas del ambiente, es decir: la naturaleza impervia, la lucha ardorosa por la vida, el ansia por el triunfo y la similitud de propósitos y condiciones.

A fin de dilucidar el origen de algunas modalidades y usanzas peculiares de nuestra idiosincrasia regional, derivadas de aquella época, debo referirme a la composición multiforme, pero siempre interesan-

te, de las colectividades extranjeras que más han influido en la determinación de tales características. En orden de antigüedad, me apresuro a poner en evidencia los merecimientos de una de ellas que si bien aparece ahora disminuida en el cómputo de los factores que concurren al progreso del Territorio, debido sobre todo al escaso número de sus actuales componentes, tuvo de primero una participación muy digna de recordarse en la creación y en el desarrollo de las actividades comerciales e industriales de la naciente metrópoli del Estrecho, en la exploración y aprovechamiento de los recursos naturales de la Patagonia, y en la formación paulatina de esa sociabilidad cordial y acogedora que es hoy día uno de los rasgos más simpáticos y universalmente celebrados del hogar magallánico.

Como veremos en distintos tramos de esta narración, la Colonia Francesa —que a ella me refiero— significaba en aquel tiempo, también numéricamente, un esfuerzo poderoso de civilización y trabajo fecundo en estas tierras bravías. Es, en verdad, bien lamentable que muchos de los miembros más conspicuos y meritorios de esa Colectividad no encontraran aquí el apoyo y la protección a que se hicieran acreedores por su espíritu emprende-



dor y por la magnitud de los capitales invertidos en empresas de éxito dudoso y en todo caso de muy lejanas perspectivas.

\* \* \*

La primera inmigración desde Francia se inició en 1872. Llegaron en ese año unos trescientos ciudadanos franceses que constituían, en conjunto, una extraña amalgama de todas las castas sociales. Había, entre ellos, agricultores regularmente contratados en Europa y Buenos Aires, en calidad de colonos, por el Gobierno de Chile; jóvenes románticos en busca de aventuras y de emociones fuertes; marineros desertores; una legión de desplantados del suelo patrio por diversas causas; y muchos ilusos en pos de riquezas que les brindaba, en su imaginación, el mundo americano. Sobresalían de la generalidad, por su espíritu sagaz y resuelto, un grupo de comuneros, ex combatientes en la insurrección de los federados de Marzo de 1871, en París, quienes, más afortunados que otros de sus correligionarios, con su huida apresurada habían logrado sustraerse a los fusilamientos en masa que tuvieron su trágico escenario en el cementerio del "Père Lachaise".

Años más tarde, en 1885-1889, se me ofrecieron repetidas ocasiones para conocer muy de cerca y admirar la elevada intelectualidad de algunos de estos exaltados partidarios de la "Commune" y cuyas manifestaciones espirituales del momento contrastaban singularmente con su actuación en aquel terrible episodio de la Historia contemporánea. Confieso que nada he podido advertir en ellos que no fueran sentimientos de acendrado patriotismo y altiva caballerosidad.

Entre las figuras más características de los ex comuneros, despertaba mi mayor interés un antiguo profesor de idiomas clásicos y filosofía: Mr. M..., hombre de profundo saber y cuya erudición realmente pasmosa, en las más opuestas disciplinas, hacía más enigmática y compleja su absurda personalidad; ya que, por otros conceptos, carecía casi en absoluto de esas exterioridades de tacto, modales y lenguaje que constituyen la esencia del comportamiento que definimos con el término genérico de "cultura social".

Físicamente, Mr. M..., era de estatura baja, corpulento, de facciones ásperas y pecosas, pelo y barba rojizos, frente alta y rugosa, ojos glaucos, mirada inquisidora. Su indumentaria, siempre igual, delataba en cierto modo al enseñante humanista de los distritos rurales europeos

del siglo pasado: pechera y cuello de goma blanqueada, corbata de doble vuelta; un gran levitón de un color negro ya fosforescente por los muchos años de servicio cotidiano; chaleco de gamuza desteñido; pantalón ancho a cuadros y, como coronación a estas prendas pintorescas de vestir, un sombrero de copa altísima y alas estrechas que despertaba la admiración, cuando no las risas y las moñas, de las bandadas de chicuelos con que tropezaba "el Profesor" en sus habituales excursiones matutinas.

No obstante su genio esquivo y un tanto desdenoso, Mr. M... se dejaba enredar a veces en discusiones de carácter histórico o literario que yo, maliciosamente, trataba de provocar dirigiéndole la palabra en un latín vulgar o, mejor dicho, macarrónico, muy a propósito para que se rebelara la ortodoxia del catedrático. En seguida, una breve disputa sobre la raíz de un vocablo o la declinación de un adjetivo bastaba para enardecerlo y a engolfarlo en una prédica en que mis conocimientos de griego y latín quedaban por el suelo, sin que me dispensara de los epítetos más halagadores de mi pretendida sabiduría, como ser: "ignorante presumido", "cabeza de horchata", "chiquillo impertinente" y otros peores que me da vergüenza repetir aquí.

Recuerdo que una vez, durante una discusión acalorada sobre el origen de la monarquía en Francia, para contradecirlo y sacarlo de juicio, tuve la osadía de afirmar que Pepino "El Breve" fue un Rey de España y no un dinasta cualquiera. Poco faltó que me hiciera llamar a bastonazos. Los Merovingios, los Carolingios y toda la formidable descendencia de los reyes francos, invocados por Mr. M..., en un arranque de frenética indignación, me dejaron entumecido como bajo la amenaza de la ira divina.

En el círculo muy restringido de vecinos con quienes solía departir Mr. M..., preponderaba, en materia política, la opinión de otro ex comunero, Mr. X..., hombre de cierta ilustración, que no carecía de buenas cualidades, pero de carácter brusco, vehemente y, por momentos, agresivo. Era entonces Mr. X... uno de los pocos aventureros que se atrevía a recorrer a caballo, en toda su extensión, las pampas patagónicas, ya sea para traer piños de animales vacunos desde las estancias argentinas de Río Negro, o bien para comerciar con los indios tehuelches, muy numerosos todavía en aquellos años.



Como dije, Mr. X... reservaba para sí el juicio decisivo en las discusiones y en los comentarios interminables que se promovían muy a menudo alrededor del triunfo y la caída a corto plazo de la Comuna de París. En este terreno, Mr. M... no era para él sino un teórico despreciable; tan sólo los federados de verdad, es decir los que habían tomado parte directa y efectiva en la acción, podían opinar acerca de la toma de Montmartre y del fuerte de Vincennes, la ocupación del Mont Valerien, el fusilamiento de los generales Lecomte y Tomás y del Arzobispo de París, la conducta funcionaria de los jefes federados Flourens, Cluseret, Rosell, Pyat, Duval, Vallés, etc., la intervención del Gobierno de Versalles y el desastre consiguiente. Montado en este potro, Mr. X... se consideraba imbatible, y, de llevarle la contraria, se corría el peligro de una embestida violenta con todos sus resultados desagradables.

\* \* \*

Hablando de las empresas descabelladas que sugirió en aquellos tiempos la sombra misteriosa que envolvía con sabor de leyenda estas tierras desoladas del Sur, no puedo omitir la que tomara cuerpo en la mente caldeada del provenzal Eugenio Pertuiset. Este tipo curioso de aventurero recogiendo posiblemente una tradición de la época, organizó en Francia una expedición con el objeto de apoderarse del tesoro de los Incas que, según un derrotero infalible que él sólo poseía, debía encontrarse en cierto paraje de la Tierra del Fuego. Cómo y cuándo y con qué medios de locomoción el tesoro de Atahualpa hubiera podido trasladarse desde el Alto Perú a la isla grande del archipiélago fueguino, es un problema cuya solución no dio a conocer nunca Mr. Pertuiset y que yo someto ahora al estudio del vecino que disponga de tiempo, paciencia y dinero suficientes para practicar las investigaciones del caso.

Lo que puedo contar, por haberlo oído decir, de boca de algunos de los mismos protagonistas de tan fascinante aventura, es que a poco de desembarcar en una goleta de la isla los expedicionarios fueron corridos y acribillados a flechazos por toda una tribu de indios onas, alcanzando a malas penas y maltrechos a reembarcarse en la goleta que los había llevado a esa insula endiablada. Dato interesante: uno de los heridos de flecha en esa defensa intempestiva que hicieron los indígenas del tesoro incaico, fue el señor

Jorge Meric, quien, después de su quimera juvenil se radicó en el Territorio, adquiriendo en su larga actuación títulos más que suficientes para que se le clasifique como a uno de los precursores y artífices más geniales del progreso regional.

El señor Meric, hombre de vasta cultura y de gran espíritu de iniciativa, se dedicó con preferencia a la ganadería, pero, sin fosilizarse en ella, desplegó al mismo tiempo otras actividades, unas de índole científico y otras con miras industriales. Fue él que en 1889, en sus frecuentes viajes de reconocimiento y estudio de las tierras del interior y de los canales occidentales, descubrió la cuenca carbonífera del Seno de Skyring y sucesivamente echó las bases de la Sociedad que bajo el nombre de "Mina Magdalena", debía explotar las pertenencias constituidas a ese efecto. Un eminente ingeniero y geólogo francés, Mr. Brabinsky, cuyos servicios contrató el señor Meric, fue el encargado de estudiar toda la parte técnica de la empresa. El informe expedido por ese experto profesional, es el mejor y el más completo que se conoce respecto a los carbones de Magallanes y a los del Seno de Skyring, en particular.

Desgraciadamente, el esfuerzo prematuro del señor Meric no encontró en esta localidad las condiciones necesarias para dar vida a una industria de esa naturaleza; la población del Territorio no llegaba en aquel entonces a cinco mil habitantes y la leña costaba de uno a dos pesos la carretada. Con esto se explica la imposibilidad que existía de conseguir una cuota de consumo local bastante para asegurar los gastos de explotación de la mina. Por otra parte, el carbón de Lota y aún el de Cardiff se vendían también a precios que hoy se considerarían irrisorios. Después de algunos años de grandes sacrificios personales y pecuniarios, el señor Meric hubo de abandonar la posesión de las pertenencias carboníferas del Skyring, las que denunciadas sucesivamente por varios interesados, constituyen en la actualidad la llamada "Mina Elena" y otras vecinas.

Entre los muchos viajes de exploración realizados por don Jorge Meric, merece una mención especial el que llevó a término en 1893, en el mismo Seno de Skyring, en compañía de otro intrépido y meritorio ciudadano francés, don Gastón Volle. Los expedicionarios, embarcados en una pequeña lancha a vapor, recorrieron en pleno invierno toda la costa, en gran parte desconocida, de aquel mar



interior, en busca de una salida a los canales de Última Esperanza. Fueron ellos los primeros que realizaron semejante hazaña, trayendo a su regreso datos interesantísimos acerca de la región explorada.

Después de casi medio siglo de dura labor en Magallanes, el señor Meric ha regresado, hace algunos años, a su patria, donde, ya muy anciano pero siempre animoso, sentirá seguramente la nostalgia de esta tierra lejana. Al dedicarle esta página de mis crónicas revueltas, formulo el deseo que llegue hasta él mi cariñoso saludo.

\* \* \*

Entre los pobladores franceses más antiguos, recuerdo a los señores: Julio Cordonier, Celestino Bousquet, Francisco Roux, Guillermo Darquier, Francisco Arnaud, Francisco Roig, Justín Roca, Francisco Poivre, Bertín Brun, Jorge Meric, M. Marescal, Pedro Salles, Francisco Blanc, Prothais Galley, Javier Roubaty, Pablo Houseau, Juan Vigneau, Pedro Guayón, Francisco Aubry, Pedro Lemaitre, Miguel Gillet, Etienne Girard, Alfonso Levée, Juan B. Lemaitre, Víctor Moreau, Eduardo Lamiré, Julio Robiquet, José Guillaume, Juan Vitrac, Pedro Lousteau, Carlos Roca y algunos más que mencionaré más adelante.

En el período que sigue, esto es, de 1887 a 1897, la Colectividad Francesa se enriqueció con un nuevo contingente de elementos muy valioso, por distintos conceptos; unos por su ilustración y por los capitales que han aportado al desenvolvimiento del comercio y de las industrias regionales; y otros por sus condiciones de trabajadores esforzados y por su espíritu emprendedor. Me refiero especialmente a los señores: Gastón Blanchard, Juan Blanchard, Luis, Enrique y Andrés Bonvalot, Eduardo y Adrián Soury, Juan Lecoq, Emilio Gosselin, Edmundo Doré, Miguel Despuy, José y Luis Fabré, E. Fraisineau, Pablo Guin, Lázaro Guillemot, Albán, Gabriel y Amadeo Ladouch, Leopoldo Bourgade, Alejo y Alejo 2º Marcou, Gastón Paradis, Alberto Maynard, Esteban Sabatier, Armando Piaget, Sicaire Bordet, Alberto Hieroltz, Gastón Lorne, Adrián Paute, Julio Perriere, Alejandro Le Marie, Raimundo Maynard, Leopoldo Feller, José Menville, Enrique Dumestre, A. Picot, J. Imbert, M. Peytoureau, Arsenio Pallisier, Enrique y Juan Baylac, y otros más que no tengo presentes en este momento.

La corriente inmigratoria de ciuda-

danos franceses continuó por algunos años más, hasta extinguirse casi completamente el último cuarto de siglo.

\* \* \*

También la Marina francesa tuvo una parte muy principal en el descubrimiento y reconocimiento de canales y tierras magallánicas. Voy a consignar aquí, en brevísimas notas, un compendio de tales expediciones.

La primera fue la realizada por el Gennes en 1695, con seis naves y 726 tripulantes. Partió de La Rochelle el 3 de Junio de ese año y después de un viaje azaroso no logró penetrar en el Estrecho de Magallanes sino en Febrero del año siguiente. Debido a una serie interminable de circunstancias adversas, los expedicionarios fracasaron en su intento de llegar al Pacífico y regresaron a Francia sin haber obtenido resultados apreciables como descubridores de costas ignoradas y nuevas vías marítimas en estas latitudes.

Mejor suerte le tocó en 1703 a dos naves de Saint-Maló, comandadas por dos valientes marinos, Coudray-Perée y Fouquet. Esta segunda expedición entró al Estrecho a principios de 1704, pero los persistentes vientos contrarios la obligaron a salir nuevamente al Atlántico. Dobló entonces el Cabo de Hornos y recorrió la costa chilena del Pacífico hasta Concepción.

Por el mismo derrotero del Cabo de Hornos pasaron luego al Pacífico las siguientes expediciones francesas: la de Luis Fewillée, en 1707; la de Amadeo F. Frézier, en 1712; y la de Barbinais le Gentil, en 1714. Sin desconocer los resultados de carácter científico que obtuvieron las expediciones ya mencionadas, desde el punto de vista regional tuvo seguramente mayor importancia el viaje del Capitán M. Marcant, realizado en 1713. Este audaz navegante atravesó el Atlántico con un pequeño barco endeble, entró al Estrecho, penetró en un canal desconocido y salió muy fresco al Pacífico en un espacio de tiempo casi increíble en aquella de navegación a vela. El canal descubierto por el imponderable Marcant, es el Santa Bárbara, entre las islas Santa Inés y Clarence.

Otras expediciones que hicieron una labor fructífera en estos mares del Sur, son las tres organizadas y dirigidas por el oficial de la Marina francesa Luis Antonio de Bougainville. La primera, iniciada en 1763, terminó en Febrero del año siguiente con la ocupación del archipiélago que Bougainville denominó de "Les Ma-



louines", como derivación de Saint-Maló, que es el puerto francés donde se organizó aquella expedición y que en el transcurso del tiempo se convirtió en "Las Malvinas".

En sus segundo y tercer viaje (1766-1768) hizo Bougainville notables estudios científicos en la región del Estrecho, secundado en esta tarea por una comisión de especialistas, entre los cuales descollaba el príncipe Carlos Enrique de Nassau Siegen.

En orden cronológico, corresponde recordar después la expedición del eminente marino Francisco Calaup de la Pérouse, quien al mando de dos buques de guerra zarpó del puerto de Brest en Agosto de 1785, doblando el Cabo de Hornos en el mismo mes del año siguiente, para llegar hasta Concepción, desde donde tomó rumbo al Oeste del Pacífico. Posteriormente no se recibieron más noticias de la expedición de la Pérouse, hasta que, en 1826, pudo establecerse que había naufragado en las costas de una de las innumerables islas de la Oceanía.

Más provechosa que la anterior, desde el punto de vista de los estudios hidrográficos en el Estrecho y en los canales adyacentes, fue la expedición del Capitán Dumont d'Urville, en 1837-38; y también digna de tomarse en cuenta, por sus observaciones interesantísimas, fue el

paso por el Estrecho del Capitán Buhaut Cilly, con un buque mercante.

Pero una obra científica que, sin exageración, puede calificarse de monumental, es la realizada en 1882-1883 por el buque de guerra francés "Romanche", al comando del Capitán de Fragata Luis Martial. Viajaba en la "Romanche" una comisión de sabios que tenía por objeto observar el paso del planeta Venus, en un paraje próximo al Cabo de Hornos y practicar, al mismo tiempo, otras observaciones sobre física terrestre, meteorología, geografía, antropología y demás ciencias naturales. La expedición se instaló en la bahía de Orange, isla Hoste, y allí permaneció durante un año, hasta completar todos sus estudios, cuyos resultados aparecieron más tarde en una magnífica publicación compuesta de siete tomos, que es seguramente lo mejor que se ha escrito acerca de aquellas tierras australes.

La exposición que acabo de hacer en términos casi telegráficos, basta, sin embargo, para percatarse de que la Marina francesa ha desarrollado una labor ya secular y por cierto muy valiosa en el reconocimiento de la región magallánica. De la expedición de Mr. Charcot a la Tierra de Graham, hablaré en otra oportunidad, como asimismo de algunos exploradores franceses de la Patagonia y de Tierra del Fuego, a quienes he conocido y tratado personalmente.



## Mormones y otras especies dañinas en Magallanes

La vejez y el frío invernal son aglutinantes de la nostalgia; son fragmentos de la misma naturaleza que ligados entre sí nos inclinan a revivir memorias y evocar recuerdos de hombres y cosas ya caídos en el olvido. Remembranzas de una época en que la vida magallánica, en proceso de formación, volvía las espaldas a sus falsos profetas y saltando a pie juntillas la charca torva de su pasado, se disponía a emprender su marcha ascendente hacia los dominios superiores de la cultura y la civilización.

Contemplados a medio siglo de distancia, los hechos pierden en mucho sus contornos de realidad y se diluyen, poco a poco, como niebla en el mar. Por otra parte, los protagonistas han desaparecido en su casi totalidad. No creo que sean más de una decena los sobrevivientes, pero en trance, ellos también, de despedida, si es que en el interin no logramos, con la ayuda del doctor Carrel, desvirtuar la consabida expresión de la "Parca inexorable".

Así y todo, no podemos o no sabemos desprendernos de la visión perturbadora de seres amorfos o novelescos que nos han sido familiares en épocas pretéritas y que se obstinan en hacerse presentes, mal que nos pese, en la modorra que precede al amanecer de cada día. ¿Es, acaso, la voz lejana de la juventud que no

quiere renunciar a sus fueros espirituales, o es el "Ego" que se aferra a sus instintos malsanos de vivir, aún cuando la quietud y el sosiego sean para él un mito inabordable?

¿Por qué, entre tantos espectros evanescentes que se arremolinan, hoy, en el poliedro impío de mi kaleidoscopio, se destaca, se perfila y se adereza la silueta enjuta de Mister Teddy Parker, Utah, U.S.A.? Sí, no hay duda alguna que es él. Precisamente él, con sus anacrónicas posturas de sacerdote tibetano, su nariz aguileña, sus pómulos salientes, sus pupilas extáticas, su calva lustrosa. El, ya que siento el mismo impulso irreflexivo de santiguarme ante su hierática figura.

—¿How do You do, Mr. Parker?  
—¿Ha despejado Ud., por fin, la gran Incógnita?

La verdad es que yo tampoco podría afirmar, a ciencia cierta, si el mormón Parker era un producto auténtico del Lago Salado, o un solemne pillo. ¡Fue tan corto su apostolado en la Babel magallánica!

Reconozco, no obstante, que haciendo abstracción de su chifladura —real o simulada— no era pedigüeño, como acostumbra otros profetas de reciente actuación en nuestros lares puntarenenses. Estilizado constantemente en un gesto de su-



prema dignidad, no se rebajaba a esas menudencias del proselitismo interesado. Sin derroches superfluos, Mr. Parker parecía disponer de recursos suficientes para su propaganda sectaria.

Su llegada a este puerto en Octubre de 1888, pasó inobservada. Digo esto porque, de no ser así, la aparición subitánea de un apóstol de la poligamia legal hubiera desencadenado la más espantosa tormenta en el mundo femenino de la localidad. Con todo, el hecho, como tal, no tenía nada de extraordinario, dado que en aquellos años los pastores mormones pululaban aún en algunos países europeos y americanos, sin conseguir adhesiones medianamente apreciables, quizás por las circunstancias de que los candidatos a las delicias del patriarcado de Lake City, tenían que costearse los gastos de viaje y, además, disponer de un pequeño capital que les permitiera iniciar, sin ayuda de la comunidad mormona, sus actividades agrícolas o industriales en la región norteamericana del Lago Salado. Como se ve, la entrada al paraíso terrestre significaba un buen desembolso en pesos oro.

A comienzos de su propaganda en esta ciudad, Mr. Parker se había establecido en la trastienda de un pequeño negocio de la calle Llanquihue (O'Higgins). Convenían allí no más de diez a quince personas, anglosajones, en su mayoría, y las reuniones, casi siempre nocturnas, revestían cierto aspecto de logia misteriosa. Pude asistir a una de ellas gracias a la intervención de un amigo de la casa y conservo un recuerdo imborrable de aquella extraña aventura.

Cuando entré, ya noche oscura, en el templete improvisado del mormonismo, no encontré en él sino a su pastor y tres fieles, o simples curiosos como yo, sentados en torno de la pequeña mesa que servía de altar a Mr. Parker, conversando en tono bajo y receloso. Dos de los interlocutores, a juzgar por su acento, y su peculiar indumentaria, debían ser mineros norteamericanos; el tercero, muy conocido en la localidad por su carácter agresivo y pendenciero, lo encontraremos nuevamente tres años más tarde en el teatro de sus feroces hazañas: Era "Sam", el terrible "Sam" de siniestra memoria, el sanguinario cazador de fauna humana en la Tierra del Fuego.

Entraron, sucesivamente, ocho o

diez jóvenes vecinos de distintas nacionalidades, atraídos por la novedad del espectáculo y, cosa singular, una mujer bien ataviada, más cuyo semblante resultaba imposible definir, oculta como estaba bajo los pliegues de una pañoleta que le cubría, casi por completo, la cara. Avanzó con paso rápido en la sala y tomó asiento en un rincón, a espaldas de Mr. Parker, sin que éste advirtiera su presencia. Durante la oración del mormón mantuvo, ella, su cabeza reclinada hacia el suelo, como si fuera absorta en graves meditaciones.

Además de su idioma, Parker hablaba correctamente el francés, y, con alguna dificultad de pronunciación, también el castellano. Su oratoria, cálida y exuberante, si no lograba convencer, conseguía por lo menos mantener viva la atención de sus oyentes. En cuanto a su sistema filosófico, había en él algo de epicúreo y mucho de disparatado, en síntesis: algunos principios fundamentales del cristianismo derramados, sin ton ni son, en una ensalada fenomenal de antiguas dinastías egipcias y clases sacerdotales americanas de la prehistoria, iniciadas desde milenios, según el mormonismo, en los misterios de nuestra santa religión.

El auditorio habitual del pastor no atribuía, al parecer, mayor importancia a los precedentes bíblicos de la nueva secta americana, pero, en cambio, no se cansaba de pedir más y más detalles íntimos sobre la personalidad física de su fundador, José Smith, esposo feliz, según Parker, de treinta mujeres y padre venerado de un centenar de hijos de ambos sexos.

La que acabo de describir fue la última "tenida" del mormonismo en Magallanes. Al día siguiente Mr. Parker desapareció del escenario. Practicadas las investigaciones del caso, se pudo establecer que el pastor mormón, los dos supuestos mineros norteamericanos, "Sam" y la mujer desconocida habían visitado a altas horas de la noche un bar situado a inmediaciones del muelle de pasajeros y frecuentado habitualmente por elementos exóticos de difícil identificación.

Interrogado "Sam", repetidas veces, por sus relaciones, acerca del paradero de Parker y sus acólitos en mormonismo, encojía los hombros y meneaba la cabeza. No sabía nada.



# COLECTIVIDAD BRITANICA EN MAGALLANES

Si hubiera de traducir en cifras escuetas la importancia del aporte británico al reconocimiento y al progreso de esta zona del país —desde el siglo XVIII hasta fines del XIX— diría sin vacilar que alcanza a un treinta por ciento del monto total. Pero planteada así la preposición resulta sin disyuntivas y ya oigo una voz exclamar, por ahí, que los valores espirituales no se miden por varias. Es cierto, y a eso mismo quiero referirme. Para lo cual voy a transcribir aquí una charla muy amena e interesante que un distinguido amigo británico ha puesto al alcance de mi indiscreción. Las consideraciones que me propongo sobre el tema vendrán después. Dice Mr. W. S.:

## *"Actuación de los Británicos en el Territorio de Magallanes"*

"He encabezado esta pequeña historia de la actuación de ciudadanos del Reino Unido, con el nombre de "Británicos", porque en las Islas Británicas habitan ingleses, escoceses, irlandeses y galos y porque representantes de todas esas razas han contribuido al engrandecimiento del Territorio de Magallanes. También han llegado a estas tierras hombres nacidos en los Dominios y Colonias Británicas, como ser, Nueva Zelandia, Australia, Malvinas, Canadá, etc., y por formar parte, todos ellos, de la gran familia británica, se llaman británicos."

"Aunque los británicos no pueden decir que han sido los descubridores del Estrecho, fueron representados en la expedición de Magallanes del año 1520,

pues cuenta la Historia que entre los tripulantes de los cuatro buques descubridores se encontraba un británico."

"Después de Magallanes siguieron muchas expediciones de navegantes británicos, como ser Drake, Frobisher y Cavendish. Fue este último quien recogió al único sobreviviente de los cuatrocientos pobladores de la ciudad de San Felipe, fundada por el Almirante Sarmiento en el año 1583, cerca del Río San Juan en el mismo punto que Cavendish denominó "Puerto Hambre".

"Fue también Cavendish quien dio el nombre de "Cape Froward" (Cabo Porfiado) a una roca o peñón que es el término austral del continente sudamericano, y el nombre de "Isabel" a una isla a corta distancia de este puerto, como homenaje a la Reina Isabel de Inglaterra. Podríamos decir, al pasar, que tales expedicionarios británicos venían a Sudamérica con el objeto principal de quitar a los españoles los grandes tesoros de oro y plata que estos últimos, a su vez, habían quitado a los Incas del Perú. Como se ve, el cambio de dinero y valores empezó muy temprano en la América del Sur, aún cuando en ese tiempo no funcionaba ningún Control de Cambio, sino que el más fuerte le quitaba al más débil lo que podía."

"Hace más de un siglo, y precisamente por los años de 1830 a 1835, el Gobierno Británico mandó una escuadrilla de tres buques de guerra para explorar y levantar cartas hidrográficas de las tierras y costas del Estrecho y de los canales adyacentes. Esa expedición vino al



mando del Capitán Fitz Roy y traía como pasajero, en viaje de estudio, al gran naturalista Charles Darwin, famoso autor que fuera después del libro "Origen de las Especies", que tanto ha dado que hablar al mundo. El buque insignia fue el "Beagle" y su nombre perdura en el Canal al sur de Tierra del Fuego, así como el de Darwin en las montañas al norte del mismo Canal."

"Esos marinos permanecieron años enteros en aguas magallánicas y es así como una gran parte de las bahías, ríos, estuarios, etc., hasta cerca de Chiloé, llevan nombres ingleses y al mismo tiempo reflejan en el mapa el cuidado con que han sido explorados. Las mismas cartas náuticas que ellos han levantado, han servido desde entonces y sirven aún hoy para la navegación."

"El Capitán Fitzroy llevó a Inglaterra un muchacho y una niña indígena, pertenecientes a las tribus que habitaron el Canal Beagle y después de haberlos educado a nuestra vida civilizada, volvió a dejarlos nuevamente a su tierra natal. Al regresar más tarde el Capitán Fitzroy a esas tierras, encontró a los dos indígenas desnudos y tan salvajes como antes de su viaje. Así es que este ensayo de civilización de los indios fueguinos, no dio el resultado esperado. Posteriormente se establecieron en las mismas regiones del Beagle algunas misiones anglicanas. Descendientes de Misioneros son las familias de los señores Bridges y Lawrence, actuales dueños de estancias en la Tierra del Fuego argentina. El último misionero Mr. John Williams, residió durante muchos años en esta ciudad, donde dirigía un Colegio inglés. Los hijos del señor Williams se dedican desde hace tiempo a la ganadería, en la isla Navarino."

"Para que se vea que fue también un británico; el señor Enrique L. Reynard, quien inició la crianza de ovejas en Magallanes, voy a copiar a continuación un extracto del libro titulado "La Colonia de Magallanes y Tierra del Fuego", publicado en Santiago por don Robustiano Vera, en 1897:

"A fines del año 1876, deseando el señor Dublé Almeida estudiar por sí mismo la industria de crianza de ganado menor en las Islas Falkland (Malvinas), solicitó del Gobierno autorización para ir a visitar aquellas posesiones británicas en el Atlántico, para ofrecer terrenos en la Patagonia a los industriales de dichas islas que quisieran venir a establecerse en este Territorio. La autorización, como era natural, le fue concedida y a fines del citado año zarpó de Punta Arenas en la

corbeta nacional "Chacabuco". Después de algunos días de borrascosa navegación, fondeó la corbeta en Puerto Stanley. Allí el Gobernador de Magallanes y los Oficiales de la Marina Chilena fueron objeto de las mayores muestras de cariño de parte de las autoridades y habitantes de aquellas islas. Hecho el ofrecimiento de terrenos en Magallanes a los propietarios de haciendas en las Malvinas, estos contestaron que reconociendo la superioridad de los terrenos y clima de la Patagonia para la crianza de ganado menor, no se atrevían a ir a establecerse en Magallanes por no estar aún solucionada la cuestión de límites de Chile con la Argentina. El Gobernador tuvo que regresar a Punta Arenas sin haber podido realizar su idea; pero trajo en la "Chacabuco" las primeras ovejas de las Malvinas, para iniciar esta industria en Magallanes. Para el efecto, concedió al señor Enrique L. Reynard la isla Isabel, a fin de que depositara allí el ganado menor que había traído de las Malvinas. Hoy es ésta la principal industria en Magallanes. Hay propietarios de inmensas estancias que encierran centenares de miles de cabezas de ganado menor, cuyas lanas son afamadas en Europa y obtienen por ellas un excelente precio en el mercado. Se debe, pues, a la iniciativa del Gobernador Dublé Almeida este ramo de explotación en Magallanes, que ha sido el que ha venido a dar nombre y vida a la Colonia."

"Hasta aquí —prosigue Mr. W. S.— llegan las referencias del autor del libro mencionado. Por mi parte, puedo agregar que he tenido el honor de conocer al señor Enrique L. Reynard, quien fue el primer Presidente de la British Association (Club Inglés), fundado en 1899 y que se encuentra hoy día instalado en los altos del edificio del Banco de Punta Arenas. Las dos hijas casadas de dicho caballero viven en la actualidad en una estancia del Territorio de Santa Cruz (Rep. Argentina). El señor Reynard tuvo sus estancias en Isla Isabel y Cazy Harbour, pero en los remates de tierras que tuvieron lugar en 1903 y 1904, en Santiago, consideró demasiado altos los precios fijados por el Supremo Gobierno, para la subasta, y desocupó los campos ya referidos, para ir a establecerse en Santa Cruz."

"He oído de boca del señor Reynard, en muchas ocasiones, la narración de sus aventuras desde el año 1866, en estas regiones, y lamento no haber conservado datos precisos de ellas, ya que ahora tendrían un valor informativo sumamente importante. Puedo recordar en es-



te momento que fue el señor Reynard quien, al estallar el motín de los artilleros, en Noviembre de 1877, llevó un gran número de mujeres y niños a un refugio situado en el bosque tupido de Río de los Ciervos, donde se encuentra hoy la lechería del señor Julio Menéndez B. El mismo señor Reynard me indicó el punto exacto donde esas familias pasaron días de terribles angustias. Naturalmente, el monte ha desaparecido allí desde hace muchos años."

"En 1878, don José Menéndez y otros vecinos, viendo el buen resultado obtenido en la crianza de ovejas por el señor Reynard, solicitaron y obtuvieron del Gobernador don Carlos Wood, que por entonces había reemplazado en el cargo al señor Dublé Almeida, permiso para establecer ganado ovejuno en los campos de la costa del Estrecho. Bajo sus auspicios, principiaron desde ese año las importaciones de haciendas de las islas Malvinas con el resultado que podemos apreciar en la actualidad."

"Más tarde, en 1884, los señores W. B. Waldron, John Waldron, Enrique P. Wood y Stanley Wood obtuvieron en arrendamiento del Gobierno unas noventa mil hectáreas de terreno en Punta Delgada. También estos caballeros tenían campos en las islas Malvinas y de allá trajeron las ovejas para poblar sus concesiones en las márgenes oeste del Estrecho. Miembros de familias acaudaladas de Inglaterra, los señores Waldron y Wood fueron los primeros en traer capitales ingentes para el desarrollo de industrias en este Territorio. Hoy día no les quedan en el país sino los campos de Kimire Aike y Ciáke, pero tienen una gran estancia llamada "Cóndor" en la frontera argentina de nuestros límites territoriales."

"Por aquella misma época, llegaron de las islas Malvinas los señores John Hamilton, Thomas Saunders, Alexander Morrison, John Fell, Robert Greenshields, William Douglas, John MacLean, Charles Felton, Herbert Felton, Charles Bartlett, Robert Giles, J. Carpenter, A. D. Cameron, A. A. Cameron, W. B. Rogers, Walter L. Wood, Stephen Waldron, Frederick Waldron, Doctor Thomas Fenton, G. S. Yonge, W. R. Cameron, G. R. Cameron, E. W. Hobbs, P. A. de Bruyne, J. A. Daly, L. G. Dobré, W. M. Dean, Walter Ferrier, William Greenwood, George Harries, Walter Harries, G. Molesworth, John Scott, F. H. Townsend, W. G. Waldron, Mont E. Wales, George Wood, T. R. D. Burbury, H. Denniston y muchos otros."

"Muchos de los nombrados trajeron consigo el personal subalterno de la industria ganadera: ovejeros, esquiladores, etc., todos ellos británicos y especializados en la crianza. Podemos decir que esos "Pioneers" británicos han enseñado a los hijos del país todo lo relacionado con dicha industria y que debido a sus conocimientos se ha podido poblar los campos y seleccionar los animales más apropiados para la Patagonia, y la manera de criarlos y cuidarlos. No debemos tampoco olvidar que trajeron los humildes perros ovejeros, puesto que sin la ayuda de esos animales amaestrados para cuidar ovejas, sería casi imposible manejar grandes piños. Algunos escépticos decían al principio que los perros ovejeros sólo entenderían las órdenes en idioma inglés, pero ahora vemos que con el tiempo han aprendido perfectamente el castellano."

"Para llenar una sentida necesidad de esta plaza, el 14 de Marzo de 1895 abrió sus puertas la sucursal de Punta Arenas del Banco de Tarapacá y Londres, antecesor del Banco Anglo Sud Americano Ldo. (hoy Banco de Londres y América del Sud Ldo.). Esta fue la primera institución bancaria que llegó al Territorio."

Todo lo que expone mi estimado amigo en la narración preinserta, es rigurosamente exacto y su charla, salpicada de fino humorismo británico, puede constituir un capítulo de excepcional interés para los compiladores de nuestra historia regional. Lo que deja modestamente en el tintero, don Guillermo, es su preponderante actuación personal en todas o casi todas las manifestaciones de actividad comercial e industrial que se han desarrollado en Magallanes durante los treinta años de su residencia en esta ciudad.

En mi próxima crónica, procuraré llenar los vacíos que se notan en el relato de Mr. W. S., destacando, al mismo tiempo, la personalidad del decano y más ilustre de los británicos que han participado en la creación de nuestras fuentes de trabajo y de riquezas: Don Enrique L. Reynard.

También será la ocasión propicia para recordar a los magallánicos, en general, y a los vecinos que se han enriquecido con las pingües ubres de la ganadería, en particular, el deber imperioso que les incumbe de honrar la memoria del más auténtico y —por mengua de la justicia humana— el más olvidado de sus benefactores: DON DIEGO DUBLÉ ALMEIDA.



# **EL GOBERNADOR**

## **Don DIEGO DUBLE ALMEIDA**

El día 8 de Octubre próximo se cumplirán exactamente 65 años desde el día en que el Mayor de Ejército don Diego Dublé Almeida se hiciera cargo de la Gobernación de Magallanes. Nuestro prócer de hoy es, a la sazón, hombre joven —34 años de edad— y sin embargo ya tiene antecedentes profesionales justamente apreciados, no sólo en los círculos militares de su país sino también en sus esferas gubernamentales. En su arma —la de Artillería— es un técnico indiscutible e indiscutido y es notoria, además, su preparación en las ciencias exactas.

Su afán inextinguible de saber, lo ha llevado al enciclopedismo y se apasiona en los problemas de la moderna sociología. Sus tendencias en el campo espiritual, son de avanzada y no acepta restricciones, sofisticas o abiertas, del pensamiento humano. Como soldado, es severo y disciplinado; su concepción del deber, es rígida, pero no se desvía de límites razonables. Ama su carrera y adora a su Patria; a ellas ofrendará su sangre generosa. Es probo y escrupuloso en el desempeño de sus funciones y honesto a carta cabal. Es padre de familia ejemplar y cuida esmeradamente la educación de sus hijos.

Con todo, en la magnífica coraza moral, espiritual e intelectual del Gober-

nador Dublé Almeida hay algunos puntos vulnerables: su altivez exagerada que, en tren de irritación, suele decaer en soberbia, su ideología positivista que no conoce frenos y su nerviosidad incontenible cuando encuentra en su camino las zarzas y los abrojos de la oposición. Alejado de este ambiente que para él resulta intolerable, es persona afable y correctísima en su trato social.

Al ser designado Gobernador de la Colonia de Magallanes, no es un advenedizo en busca de granjerías. El no ha solicitado ese puesto. Son los acontecimientos que han provocado la necesidad de sus servicios. La ocupación efectiva del Estrecho en 1943 fue una inspiración patriótica del Presidente Bulnes y, quizás, el acto más genial y previsor de su Gobierno, pero desde el punto de vista administrativo esta sabia medida presentaba treinta años después un balance desconsolador. Los resultados obtenidos no compensaban absolutamente la magnitud del esfuerzo y esto sin tomar en cuenta las tragedias sucesivas a la fundación de Fuerte Bulnes y de Punta Arenas, con las zozobras, trastornos y pérdidas consiguientes.

Por una u otra causa, la Colonia prosperaba y sus actividades se restringían al cultivo de algunos tubérculos y hortal-



zas; apenas lo suficiente para abastecer las necesidades de sus 1.200 habitantes. El Estado tenía que suministrar, en su mayor parte, las demás subsistencias. Otras perspectivas de mejoramiento no se divisaban por entonces. La industria carbonífera ya estaba en vísperas de su fracaso y la caza de lobos marinos no había llegado aún a su máximo rendimiento. En el ramo comercial, la Colonia habría podido contar con mayores recursos, consistentes en el intercambio de productos con los indios thuelches, pero existía una antigua regalía a favor de terceros sobre las bases de la siguiente fórmula: adquisición de buenas pieles, por un lado, y expendio de pésimos alcoholes, por el otro. En otras palabras más claras: era un secreto a voces que ciertas autoridades locales se reservaban el monopolio de tan lucrativo como leonino negocio, valiéndose de intermediarios del mismo molde.

El Gobierno del austero ciudadano Excmo. Señor Don Federico Errázuriz, hasta había tenido conocimiento de ese estado tan lamentable de cosas y no tardó en remediarlo. Se requería un hombre de condiciones sobresalientes y capaz de afrontar y resolver el grave problema. Nadie mejor que Dublé Almeida podría desempeñar esta misión de moralidad administrativa y enderezamiento de los destinos magallánicos. La tarea es dura y él no ignora sus asperezas y sacrificios, pero es, como dije, soldado disciplinado. Cumplirá la orden del Supremo Gobierno, sin titubear.

En aquella fecha ya recordada se iniciaba, pues, para Magallanes, la crisis de su redención moral, la revelación de su prodigiosa riqueza, la orientación de sus menesteres vitales, la marcha triunfal de su progreso económico. Había llegado a las playas inhospitalarias del Estrecho el "vidente" de su porvenir.

Dublé Almeida asume sus funciones gubernativas sin intermitencias, como si dijéramos a redoble de tambor. Su dinamismo no reconoce obstáculos de ninguna especie, es avasallador. Su primer acto administrativo es de alta significación: reapertura inmediata de la única escuela que funcionaba en el período anterior en forma irregular y sin métodos pedagógicos y que últimamente se había cerrado por fuga del preceptor, con la agravante del robo de textos y útiles de enseñanza. Los tiempos eran de rapiñas, en sus infinitas graduaciones; los recursos de la población escasos y precarios y las clases más desheredadas se ingeniaban para acortar la distancia con los pocos privile-

giados del régimen imperante. (¡Muy legítima reacción de los oprimidos; pero, ¿cómo se las arreglaría el preceptor para liquidar el fruto de sus yerros gramaticales en un mercado tan reacio al arte del buen decir?).

Con la ayuda de algunos vecinos, procede Dublé Almeida a la refacción del edificio donde funcionaba anteriormente la escuela y la dota de los enseres necesarios. Para darle mayor amplitud, la transforma en escuela mixta, pero los niños y niñas reciben su educación en dos salas separadas. La matrícula alcanza, poco después a 80 alumnos. Se instala también en el mismo local una pequeña biblioteca y un curso nocturno para adultos. El nuevo Gobernador toma bajo su dirección la marcha del establecimiento y participa personalmente en la enseñanza. Mediante erogaciones públicas, consigue además la fundación de un modesto hospital.

En otro orden de actividades, Dublé Almeida proclama la libertad de comercio con los indios thuelches y ofrece a éstos toda clase de garantías, a fin de atraerlos en la esfera de influencia de nuestro país. Había en ello un móvil político muy comprensible y justificado en aquella época: Chile y la República Argentina se disputaban la posesión de la Patagonia y la cuestión de límites no había entrado aún en su fase resolutive. Ambos Gobiernos procuraban establecer sus mejores derechos a los territorios disputados y, en este sentido, Dublé Almeida tuvo una intervención muy tesonera y precavida.

Sin perjuicio de atender concienzudamente a todos esos quehaceres, de ordinaria administración, hay un problema capital que absorbe y aprisiona el pensamiento del ex Gobernador de Magallanes. Estima inútil proyectar la construcción de un edificio de grandes proporciones, cual es su programa administrativo, si se carece de materiales adecuados para dar a los cimientos la firmeza y la asistencia indispensables. Lo propio acontece con una agrupación humana llamada a servir de base a la erección de una colonia, de una ciudad, de una provincia. Si sus elementos constitutivos son inertes o débiles, malos o despreciables, iremos seguramente al fracaso, a la tragedia, a la destrucción. He aquí trazados, en un lacónico párrafo, los prolegómenos negativos de nuestra historia regional.

Cometidos los primeros errores, se reincidió en ellos con pasmosa ignorancia de las verdaderas causales del desastre. Dublé Almeida fue el primero que descubrió



la llaga gangrenosa y que aplicó el cauterio, pero la bomba estaba cargada con tríplice espoleta y nadie podía evitar su explosión. Como sucede siempre en estos casos, él pagó de persona su superioridad moral e intelectual y la integridad de sus procedimientos. Más algún día se hará justicia a esta gloriosa figura de soldado y de gobernante.

\* \* \*

Piensa con razón, Dublé Almeida, que el éxito de sus desvelos depende sobre todo de factores morales y, subordinadamente congénitos de orden y trabajo en los colonos que han de iniciar su obra reconstructiva. Es necesario, en buenos términos, sanear el ambiente en cuanto sea posible y en seguida fortalecerlo con la introducción de nuevos elementos más apropiados a las condiciones de la región.

A esta tarea escabrosa se dedica el Gobernador con verdadero ahínco y logra resultados muy encomiables, dictando oportunas disposiciones encaminadas a reformar malas costumbres, por una parte, y facilitando la salida de los pobladores más indeseables, por la otra. No obstante, el conglomerado de la población adolece siempre de su vicio original, puesto que sus componentes más numerosos son relegados por delitos militares y comunes o ex relegados que han obtenido los beneficios inherentes a la calidad de colonos. Para obviar este grave inconveniente, ya tiene planes bien definidos, Dublé Almeida, y se dispone a llevarlos al terreno de la práctica.

Entre los pocos hombres de valer que forman la escuálida y abigarrada masa de colonos, hay uno que ha llamado particularmente la atención del Gobernador. Es Mr. Albert Conus, de nacionalidad suiza, quien, en medio de la atonía general, ponía en evidencia su espíritu de empresa y de trabajo. Su hijuela, al Sur de Agua Fresca, era en su género, un modelo de explotación agrícola y pecuaria. Hombre culto y versado en la materia, había conseguido, con la aplicación de criterios científicos en la siembra de gramíneas, éxitos tales que causaban asombro en la desconcertada mentalidad de los primitivos colonos de Magallanes. Más admirable todavía era su técnica en la preparación de quesos, mantequillas y otros productos lácteos.

En vista de resultados tan halagüeños, Dublé Almeida no quiere desperdiciar esta ocasión propicia a sus fines administrativos y, ya autorizado anticipadamente por el Supremo Gobierno, confía a Mr.

Conus el encargo de trasladarse a Suiza y realizar allí las gestiones del caso para traer a Magallanes cincuenta familias de colonos de la misma nacionalidad. Creo interesante, a este respecto, reproducir aquí, traducidos del original en lengua francesa, algunos pasajes del folleto de propaganda que Mr. Conus hizo distribuir con profusión entre sus compatriotas de la Comuna de Saulgy (Fribourg):

"Manifiesto de Alberto Conus a los campesinos que no han heredado tierras en que puedan vivir por sus brazos:

"A los que disfrutan de buena salud y amor del trabajo; que sueñan con la propiedad del suelo y que conocen los inmensos recursos que ofrecen la crianza y la multiplicación del ganado, les dire: venid a Magallanes; con valor y perseverancia, el porvenir será vuestro y lograréis la prosperidad. El clima es allí sano y favorable; los pastos abundantes; la fabricación de queso Gruyères, es fácil, y su venta y salida, muy elevadas y seguras.

"A los que, por el contrario, no cuentan con buena salud y para quienes el trabajo es penoso y feble la constancia, les aconsejo de no emigrar; de quedarse, mejor, en esta buena Patria suiza, la que tiene siempre un pedazo de pan para todos sus hijos y hasta por aquellos que no trabajan.

"Aproveché mi estadía de diez meses en Valparaíso para observar, estudiar y comprobar el enorme desarrollo que adquiere la navegación por el Estrecho y el porvenir a que está llamado el naciente puerto de Punta Arenas, merced a la explotación de sus minas de carbón y de oro.

"Dejé Valparaíso para explorar este nuevo país (Magallanes) y después de haber visitado los alrededores de la Colonia y obtenidas informaciones acerca de su clima y productos, hube de convencerme que la crianza de ganado ofrece inmensos recursos. Incitado, asimismo, por las riquezas que encierran las selvas vírgenes que cubren todo el país, solicité una concesión de terrenos boscosos situados a nueve leguas de la Colonia, en la costa del Canal. Existe allí un puerto natural con agua dulce abundante en sus inmediaciones. Las maderas son de buena calidad y los campos de pastoreo, están cercanos; de manera que otros inmigrantes no tardarán en agruparse en torno de mi primer establecimiento y tendré la satisfacción de haber sido el promotor y el fundador de una colonia próspera.

"El Gobierno de Chile es republicano. Su constitución liberal y los nom-



bres esclarecidos que el pueblo escoge para dirigentes, hacen de esta nación la primera de Sudamérica. La Colonia es administrada por un Gobernador, nombrado por el Gobierno de Santiago, con las mismas atribuciones, poco más o menos, de nuestros prefectos en Suiza.

"La población es de origen chileno y su idioma es el castellano. Los habitantes son, en su trato, suaves, afables y hospitalarios. Los colonos primitivos han debido reclutarse entre deportados militares, condenados por desertión. Existe también una guarnición de 40 soldados en servicio activo. En calidad de colonos extranjeros, residen aquí una familia rusa, una portuguesa y una argentina; y, además, dos súbditos ingleses, dos italianos, un francés y un suizo."

Desgraciadamente, la llegada en Europa de Mr. Conus coincidió con la aparición de una serie de publicaciones fantásticas del aventurero Eugenio Pertuiset —el mismo celebrado organizador de la expedición a la Tierra del Fuego que ya conocen los lectores de estas crónicas—, muy a propósito para desalentar a los campesinos suizos que hubieran deseado acogerse a los beneficios que les deparaba su radicación en este Territorio, pero cuya resonancia en los países latinos del Mediterráneo provocó el más vivo interés en la juventud ávida de empresas novelescas, y no fueron pocos los que más tarde tomaron rumbo hacia el Estrecho, para participar en la conquista de esa tierra de promisión.

El terrible provenzal narraba en distintos y acreditados periódicos de la época sus estupendas hazañas en pos del tesoro de Atahualpa, con un lujo de detalles como para convencer hasta las piedras de ese rincón hirviente y romántico del "mare nostrum" en que tenía sus más exaltados admiradores. Los sangrientos combates con los indios antropófagos, las nubes de flechas envenenadas que oscurecían el horizonte, las bellas princesas incásicas cautivas que imploraban su rescate, los ataques de las fieras hambrientas, el estruendo de los ventisqueros, el fragor de las tormentas, etc., todos estos episodios, en suma, del poema épico-dramático inventado por Pertuiset, ¿cómo no habían de repercutir en el temperamento fogoso de los "Tartarins" inmortalizados por Alfonso Daudet? ¡Recuerdos hilarantes son estos, de mi adolescencia en un puerto mediterráneo y que, por caprichos del destino, me toca evocar 62 años después en el teatro mismo de las aventuras que me hicieran soñar, entonces, con este mun-

do de tétricas pero embelesadoras leyendas.

En cuanto Dublé Almeida tuvo conocimiento de las fanfarronadas dañinas de Pertuiset, por conducto oficial de nuestros representantes consulares en Europa, se apresuró a desmentir tan burdas falsedades, pero el mal estaba hecho y nadie prestaba fe a la palabra de un funcionario que se consideraba interesado en el negocio. Como primera consecuencia, los campesinos suizos ya contratados por Mr. Conus, se negaron rotundamente a cumplir sus compromisos. Gente sana, buena y sencilla, habían aceptado la perspectiva, siempre dolorosa, de alejarse de su terruño para buscar en tierras extrañas condiciones más confortantes de vida y no riñas, enredos y disgustos con individuos de tez cobriza, pendencieros y mal agestados, que tenían la costumbre abominable de comerse vivos a sus huéspedes, en días de fiesta, ... y otras peores (¿será posible?) que más vale no meneallo.

Por suerte Mr. Conus no era hombre que se dejara arredrar por la adversidad. Reanudó, pues, la propaganda entre sus compatriotas con nuevas y vibrantes publicaciones de protesta por la mala atmósfera que le habían creado "los embustes del cínico Pertuiset"; exhibió documentos probatorios, ofreció garantías personales y, por último, consiguió la adhesión de cierto número de familias que, si bien reducidas, por sus condiciones físicas y morales aseguraban el buen resultado de este primer ensayo de colonización magallánica con elementos europeos homogéneos y de la misma nacionalidad. Son de aquel tiempo los ascendientes de las actuales familias, Pittet, Levett, Thurler, Marescal, Dey, Friedly, Marchaux, Blanc, Schmidt, Bondala, Baeriswil, Roubaty, Bussard, Bays, Zbinden etc.

En resumen podríamos dejar constancia de que la antigua colonia suiza ha sido uno de los elementos constitutivos más apreciables de esta población. Durante muchos años se ha dedicado, con preferencia, a labores agrícolas y, sucesivamente, ha entendido sus actividades en el mundo industrial. Sus características raciales y nacionales son bien conocidas y, por lo tanto, no necesito ponderar sus hábitos de temperancia y trabajo.

Con posterioridad a la llegada de los primeros colonos, y en distintas épocas, se han incorporado a nuestras actividades algunos ciudadanos suizos de elevada cultura y notables iniciativas en el desenvolvimiento del progreso regional. A ellos, he de referirme separadamente, en otra oportunidad.



Corre el año 1876, de venturosas promesas para el porvenir de Magallanes. La única agrupación humana del Estrecho, desde hace algún tiempo viene adquiriendo una fisonomía más risueña y definida. Ya se pueden fijar con claridad ciertos aspectos nuevos y palpitantes de su vida, hasta entonces monótona, apática y rutinaria. Muy pronto cambiará la faz de su existencia meramente estática, para convertirse en fuerza dinámica y operante.

Dublé Almeida es el conductor de este movimiento poderoso de regeneración y el más preparado intelectualmente para adivinar sus futuras proyecciones. En los dos primeros años de su labor ha echado los cimientos de una correcta organización administrativa, que estima esencial para el desarrollo de futuras actividades, y ahora contempla la posibilidad de crear una base segura de vida para los pobladores del Territorio.

Ya no es Punta Arenas, exclusivamente, una colonia de presidiarios. En número progresivo, desde 1868, se han introducido en ella fermentos humanos de buena ley, a saber: ciento cincuenta familias naturales de Chiloé, las que en la actualidad vegetan sin ruta ni medios en sus pequeñas hijuelas del plano rural, o bien ambulan en las calles urbanas, en busca de recursos o de trabajo, pero que una vez encarrilados en labores permanentes y productivas, demostrarán la pujanza extraordinaria de su raza; los colonos suizos que multiplican sus esfuerzos para arrancar a esta tierra helada algunos frutos más promisorios; algunos de los ex comuñeros franceses que se ocupan en pequeñas industrias caseras; cierto número de cazadores de guanacos y avestruces, en competencia con los indios thuelches; modestos comerciantes de distintas nacionalidades que se aventuran con sus "cargueros", en su mayoría portugueses de las islas de Cabo Verde; y como elementos sobresalientes, los hombres de negocios que absorben y dirigen el movimiento comercial de importación y exportación.

Entre los últimos, se destacan tres figuras igualmente vigorosas aunque totalmente opuestas en sus características individuales: un británico, don Enrique L. Reynard; un español, don José Menéndez; y un portugués, don José Nogueira. Tres hombres, cuya obra genial y fecunda tendrá contornos indelebles en el pasado de Magallanes, no obstante las diversas apreciaciones que ha merecido su acción en este Territorio.

Por ahora, Nogueira marcha a la vanguardia. En materia de instrucción pri-

maria es un rezagado, como tantos de aquella época, pero su inteligencia y hombría suplen ampliamente esa falta. Por lo pronto, se arriesga en empresas mil veces más arduas y temerarias que el simple comercio rudimentario a que se dedicaran en sus primeros pasos los futuros adalides del progreso magallánico. Por su propia iniciativa y en medio de un ambiente desolado, crea una industria que servirá de base a otras derivadas y que dará trabajo a centenares de nuevos pobladores, contribuyendo en esta forma a la rehabilitación de la Colonia. Me refiero a la caza o pesca de lobos marinos.

El mismo es un lobo de mar, avezado desde niño a las insidias del líquido elemento. Como tal, inicia sus campañas con éxitos sorprendentes, en una cáscara de nuez adquirida con duros sacrificios personales. Es todavía un navegante sin doctrina ni enseñanza, pero, poco a poco, su experiencia de marino regional se trasuntará en sabiduría. Los inmensos archipiélagos de la Patagonia occidental y de la Tierra del Fuego le abrirán sus puertas, de par en par, y el laberinto de canales, con todas sus encrucijadas, ya no tendrá secretos para él. Y entonces su empresa naviera alcanzará un desarrollo imprevisto. La pequeña embarcación inicial encabezará una flotilla de otras más corpulentas y equipadas, las que además de sus expediciones periódicas de pesca, harán posible, muy en breve, como medio de transporte, la implantación de la industria ganadera en Magallanes.

He procurado condensar en pocas palabras estos primeros aspectos de las actividades de don José Nogueira, precisamente en la época en que Dublé Almeida, con su visión de hombre superior y gobernante iluminado, señalaba nuevos derroteros a la antigua colonia de presidiarios, a fin de poner en claro la participación que le corresponde en esta obra de enorme trascendencia local y nacional. El hecho, pues, de que una de las calles más centrales de Punta Arenas lleve su nombre, está bien justificado.

En esa mocedad de Nogueira hay rasgos heroicos que nos hacen evocar, en su persona, las portentosas conquistas geográficas de los navegantes portugueses de otros tiempos. Sus viajes azarosos a las pesquerías del Sur en pequeñas goletas a vela, sus famosas "acostadas" a las rocas abruptas de Evangelistas y del Cabo de Hornos, su decisión fulmínea en los momentos de grave peligro, son recuerdos que se conservan vivos en la memoria de los tres o cuatro testigos que aún resisten los



achagues de la vejez. También nuestra Marina de Guerra, en sus estudios hidrográficos de los canales occidentales y de la Tierra del Fuego, ha tenido oportunidad de aprovechar los conocimientos de Nogueira. Sus indicaciones y sus consejos han sido debidamente apreciados en muchos casos de difícil solución. Su nombre figura en las cartas de navegación como descubridor de muchos canales practicables y su reputación como piloto en estas latitudes es universal.

Nogueira fue indiscutiblemente el primero en crear recursos propios de vida a la anémica Colonia del Estrecho. Hasta el año 1875 estos recursos representaban un valor casi sin importancia; de ahí en adelante la pesca de lobos marinos, organizada y financiada por Nogueira, llevará la producción a cifras enormemente superiores. Una sola de sus embarcaciones —la "Anita", si mal no recuerdo— trajo en el año siguiente más de diez mil cueros, con un valor aproximado de quince mil libras esterlinas.

En la secuela de estas crónicas, será necesario examinar desde otros tópicos la personalidad de don José Nogueira y, con la misma sinceridad de ahora, tendré que referirme a otras circunstancias, no siempre aplaudidas, de su intensa labor industrial y comercial.

Don José Menéndez es hombre culto y muy versado en materia comercial. Ha residido durante largos años en los países del Plata y ha desempeñado puestos de responsabilidad en firmas de importancia. Un viaje a Valparaíso le ha ofrecido la oportunidad de estudiar las posibilidades de este puerto desde su punto de vista y el resultado ha sido favorable. La situación de Punta Arenas en el centro de una gran vía interoceánica le depara un seguro porvenir; tarde o temprano, deberá producirse esta lógica consecuencia del factor geográfico y Menéndez que es persona resuelta y de extraordinaria energía, no trepida en tomar la decisión de avocindarse con su familia en este rincón peligroso del continente. Durante el período que describimos limita sus actividades en el terreno puramente comercial. Tiene establecida una casa de negocio en un modesto edificio de la misma esquina que ocupa actualmente el Hotel Kosmos y desde allí se prepara para las grandes empresas de su vida.

Don Enrique L. Reynard no posee ni con mucho el temperamento de luchador que distingue a Menéndez y a Nogueira. Es de contextura altiva, pero medurado y cauteloso en sus procedimientos.

Hay un algo de señorial en su mirada bondadosa y en sus modales que lo hace simpático a primera vista. Su conversación, fácil, discreta y persuasiva, deja traslucir un cerebro cultivado y de sólidos conocimientos. Reemplazará dentro de poco en sus funciones al Cónsul Británico Mr. Diego Drunsmure y, desde ese cargo, prestará eminentes servicios a esta República.

\* \* \*

Además de los mencionados, ya desenvuelven sus actividades, en escala más modesta y reducida otros futuros artífices de la riqueza local. Ahí tenemos a don Elías H. Braun, ruso-lituano, de carácter festivo y optimista, que brega valerosamente para dar vida a pequeños establecimientos industriales y a su hijo don Mauricio, el pequeño Moritz, de mente aguda y equilibrada, quien a pesar de su corta edad (11 años), afronta con entereza espartana columna interminables de cifras, unidades y fracciones en la casa comercial de los señores Bloom, Schroeders y Cía., ubicada en la esquina norte de las calles Magallanes y Valparaíso. Es empleado de categoría en esta misma firma el joven alemán don Juan Bitsch, de gallarda apostura e inquieta laboriosidad.

Muy apartado del círculo incipiente de la sociabilidad lugareña, vive un español de recia ascendencia montañesa. Prefiere intimar con rudos trabajadores y esta su simpatía para con los hombres de esfuerzo será uno de los rasgos más perdurables de su interesante personalidad. No es letrado, pero la prontitud y la exactitud de su juicio sobre hombres y cosas resultan desconcertantes. Tampoco es aritmético, sin embargo sabe calcular mentalmente con más precisión que un profesional consumado. Aún cuando sus medios son bien escasos, no quiere someterse por mucho tiempo a las exigencias del empleo. Prefiere el libre albedrío, o sea la libertad de gobernar sus destinos a través de esas pampas inmensas y desiertas en que algún día labrará su fortuna. Mientras tanto, don José Montes —que es él la persona aludida— recorre la Patagonia de cabo a cabo, vendiendo, comprando o permutando vacunos y equinos por mercaderías. Dentro de nueve años, lo encontraremos en Cabo Vírgenes, muy atareado en faenas auríferas y dentro de diez en Río Gallegos, cuidando el cierro de su primera majada. Se iniciará, desde entonces, el triunfo más sonado, en Magallanes, de un



hombre lego que dirige enormes haciendas con más acierto y cordura que un sabio relumbrante.

Vemos también luchar en otras esferas campesinas o comerciales a otros vecinos de larga actuación regional, y entre ellos, a don Francisco Arnaud, siempre muy atento y obsequioso; al volcánico don Celestino Bousquet, que echa pestes a cada instante y por cualquier motivo; el Teniente de Ejército retirado don Cruz Daniel Ramírez, husmeando perennemente la oportunidad de realizar un nuevo negocio; el prestigioso aunque desafortunado Capitán de la Brigada Cívica, don Santiago Díaz M.; el experto Capitán Mercante, don Tobías Adams; don Luis Navarro, hombre generoso y de indómita energía y de fuerza hercúlea, quien, entre sus virtudes, tiene también la muy apreciable de domar potros a puñetazos; don Juan Hurtado, don Timoteo Pinto, don Joaquín Gómez, don José Elgueta, don Julio Izarnótegui, don Eugenio Ballester, don Guillermo Bloom, y algunos más que aparecerán en estas crónicas a medida que venga al caso.

Merece mención especial el ciudadano argentino don Luis Piedrabuena. Es hombre de mar y tierra, a la vez. Como marino, es profundo conocedor de las costas patagónicas y fueguinas, y aunque en este sentido sus actividades son más bien eventuales, ha realizado en ellas verdaderas hazañas que lo colocan casi a la altura de don José Nogueira. Por otra parte, podría sospecharse que posee el don de la ubicuidad, puesto que su domicilio en Punta Arenas es; en realidad, hipotético, así como es imposible determinar el carácter de los fines que persigue. Aquí, en la Colonia, tiene establecido un negocio en la calle Concepción (Roca), donde se expenden una cantidad de artículos muy diversos entre sí; sus relaciones con los pobladores chilenos son generalmente cordiales y con algunas familias, de estrecha vinculación; a juzgar por las apariencias, es uno de los vecinos extranjeros que más armoniza y se confunde con los hijos del país.

Al mismo tiempo, existe otro señor Piedrabuena que no es el mellizo del primero, sino su "alter ego", es decir, el mismo Piedrabuena, con distinta personalidad, que vive alternativamente encastillado en la isla Pavón del Río Santa Cruz, donde ejerce funciones jurisdiccionales por mandato del Gobierno Argentino y teje, con la exaltación de su fervor patriótico, una red, bastante ingenua, de intrigas para apoderarse... del Estrecho de Maga-

llanes. Cosas del pasado son éstas y que ya no tendrían cabida en mis relatos, a no ser la necesidad de demostrar satisfactoriamente la injusticia de ciertas imputaciones que le hicieran a Dublé Almeida sus adversarios.

Con lo expuesto en este ya demasiado extenso preámbulo, creo haber dado una idea aproximada de la situación aflictiva en que se debatía la Colonia de Magallanes a fines de 1874 y de las medidas saludables y provechosas que adoptó el nuevo Gobernador en los dos primeros años de su administración. Las frecuentes digresiones me han servido para referir hecho que tendrán su repercusión en acontecimientos venideros y para dar a conocer hombres que serán los protagonistas o simples espectadores en otros sucesos de suma importancia.

En Diciembre de 1876 las condiciones de la Colonia, desde el punto de vista económico, habían mejorado notablemente debido, como dije, a la pesca de lobos, a la libertad de comercio con los indios thuelches y, más que todo, a la inmigración. Es fácil observar que las distintas etapas del progreso magallánico coinciden en forma decisiva con el fenómeno inmigratorio y que lo propio ocurre en todos los países del Continente. El elemento "hombre" es indispensable para fecundar la tierra y producir la riqueza. No es susceptible de adelanto efectivo y progresivo el país que permanece en su mayor parte desierto. En el caso típico nuestro, basta la elocuencia de dos guarismos comparativos: el Territorio de Magallanes, con una superficie de 135.000 kilómetros cuadrados, tiene actualmente 0,30 habitante por K. c. Esta densidad absurda de población, lo explica todo.

Durante la administración de Dublé Almeida se produjo un primer movimiento inmigratorio de hombres idóneos para las circunstancias y, por ello, se impuso la necesidad de buscar un campo de expansión a sus actividades. Es mérito exclusivo del Gobernador el de haber comprendido y solucionado el problema del momento con un modesto pero feliz ensayo. El éxito grandioso que sobrevendrá después será, quíerose o no, consecuencia directa de su genial iniciativa. Por cierto que esta prioridad incontestable, que le corresponde de hecho y de derecho, en nada desvanece el magnífico esfuerzo de los que han continuado y engrandecido la obra del precursor.

Dublé Almeida no desconocía los buenos resultados que los ocupantes británicos de las islas Malvinas habían obtenido en la crianza de ovejas y median-



te prolijas informaciones recogidas acerca de las condiciones naturales y climatológicas de aquel archipiélago sombrío del Atlántico Sud, en relación con las mismas características existentes en la Patagonia, llegó al convencimiento de que dicha industria podía implantarse aquí, aún con ventajas mucho más ostensibles. Vislumbraba esa posibilidad de enorme alcance para la colonización de Magallanes, esbozó su proyecto que consistía principalmente en un plan de propaganda entre los estancieros de Malvinas, con el objeto de conseguir que algunos de ellos aceptaran el ofrecimiento de tierras en la costa continental del Estrecho, bajo la obligación de establecer en ellas haciendas importantes de ganado lanar.

A fin de dar a esta promesa el carácter y las seguridades de un acto oficial, solicitó y obtuvo del Supremo Gobierno la autorización para trasladarse a Malvinas en la Corbeta "Chacabuco", de estación en estas aguas, y realizar allá, por sí mismo, las gestiones del caso. Conviene reparar en este hecho de capital trascendencia para la historia de Magallanes y como motivo de legítimo orgullo nacional. La industria ganadera, base primordial de vida, progreso y riqueza del Territorio, se debe al estudio, al talento y al esfuerzo patriótico de un funcionario chileno que no ha merecido hasta hoy un reconocimiento público y solemne de su obra bienhechora.

Tampoco debemos olvidar que Dublé Almeida tuvo, en su empresa, un

acompañante y colaborador, de su acertada elección: don Enrique L. Reynard y, en verdad, que supo elegir al único vecino, en aquella época, capaz de llevar a efecto, en el terreno de la práctica, su admirable y profético concebimiento. El viaje a Malvinas de la "Chacabuco", en los últimos días de Diciembre, fue de los más fortunosos que se recuerden y apenas si la arrogante más débil Corbeta pudo anclar una semana después en Puerto Stanley, sin mayores averías. Los nobles argonautas de la nueva era magallánica, sufrieron allí una amarga decepción: a juicio de las autoridades británicas y de los propios "farmers" interesados, la cuestión de límites entre Chile y Argentina no permitía la inversión de capitales extranjeros en tierras disputadas.

¿Qué hacer en esta emergencia imprevista? Sin amilanarse por el contratiempo, Dublé Almeida y Reynard decidieron en el acto realizar por su cuenta y riesgo el ensayo que propiciaban en bien de la Colonia y al cabo de un corta espera, en Enero de 1877 la Corbeta "Chacabuco" regresaba al Estrecho, trayendo a cuestras trescientas ovejas que fueron desembarcadas en la isla Isabel, como lugar más adecuado para preservarlas de todo peligro. En Octubre del año siguiente, trescientos corderitos albos y retozones simbolizaban la aurora de una vida pródiga y exuberante a los beneficiarios directos de la iniciativa del Gobernador don Diego Dublé Almeida. Para él, la ingratitud y el olvido.



# JULIO POPPER

Acerca de la extraña, compleja y novelesca personalidad de Julio Popper, puedo suministrar algunos datos que, posiblemente, no carecen de interés. Lo he conocido, sino de cerca, lo suficiente para apreciar sus condiciones excepcionales de aplomo, inteligencia y sabiduría, cuando deseaba presentar una de las facetas más atractivas de su forma exterior, así como resultaba bronco, imperioso, sarcástico, ególatra y pedante en sus explosiones incontenibles de rencor hacia sus adversarios o enemigos. Políglota, enciclopédico y brillante charlador, con su verba sutil y paradójica lograba deslumbrar a un reducido número de vecinos acomodados que se enorgullecían con su amistad, más no convencer enteramente a otros europeos, ya muy foguados en achaques de la trapisonda internacional.

Decían de él sus subalternos que era ingeniero y, de nacionalidad, rumano. Respecto a su título profesional, no había motivo para ponerlo en duda, ya que su preparación técnica estaba a la vista y en cuanto a su calidad de rumano, políticamente no estaba reñida con las características físicas inconfundibles de su ascendencia alemana, cuyo idioma, por otra parte, dominaba a la perfección. Hablaba también correctamente el inglés, el francés y, en lenguaje castizo, el italiano. No menos profundo era su conocimiento de la lengua castellana.

En las dos o tres conversaciones oca-

sionales que tuvo con Popper, sobre los temas más diversos, y antes de los acontecimientos locales que paso a referir más adelante, me daba la impresión de un ente irreal y verdadero, al mismo tiempo. ¿Taumaturgo o pirata? ¿Caballero andante o caballero de industria? De todo esto había un poco, al parecer. Sin embargo, sucede a menudo que la petulancia arrogante o sencillamente traviesa de un interlocutor casi desconocido nos hace incurrir en lamentables errores de apreciación y este era, quizás, el caso de Popper: alardeaba en demasía sus condiciones de superioridad intelectual y profesional. Aún dentro de un ambiente mundano, revelaba en sus modales finos y su galantería exagerada un algo de orondo que fastidiaba a las personas sensibles. De ahí, en parte, la prevención, a veces injustificada, que inspiraban todos sus actos.

Julio Popper fue el descubridor de las arenas auríferas de Bahía San Sebastián, en la Tierra del Fuego argentina. A raíz del descubrimiento de los placeres de Cabo Vírgenes, en la costa continental, a pocas millas de distancia de la entrada oriental del Estrecho, era lógico suponer que siendo análogas, como lo eran, las formaciones geológicas de ambas playas, debían encontrarse las mismas arenas en las inmediaciones de Cabo Espíritu Santo, situado al otro lado de la entrada, en Tierra del Fuego. Con este principal objeto, Popper organizó desde Buenos Ai-



res, donde tenía su residencia, su primera expedición, en 1886, y pudo comprobar entonces la exactitud de sus previsiones: los placeres auríferos eran una hermosa realidad en Bahía San Sebastián y en otros puntos de la costa. De regreso a la Capital argentina, denunció su descubrimiento y sucesivamente logró formar una sociedad que bajo la denominación de "El Páramo", debía emprender la explotación de las pertenencias conseguidas. Entre tantos los mineros puntarenenses, que también recorrían por aquella época las playas fueguinas en busca del codiciado metal, habían llegado a San Sebastián y, más madrugadores, ya tenían establecidos sus pequeños lavaderos, cuando Popper desembarcó allí el personal, la maquinaria y los materiales destinados a la dirección y construcción de las grandes instalaciones que la Compañía de "El Páramo" iba a destinar a la explotación en gran escala de las arenas auríferas. El conflicto estaba planteado.

En aquel entonces no existían en la Tierra del Fuego otras estancias que la de los señores Werhahn y Cía., arrendatarios primitivos de los terrenos fiscales de Bahía Gente Grande y de la de J. Mac Rae en Puerto Porvenir. Rodeados por el desierto, ambos establecimientos estaban expuestos constantemente a los asaltos de los indios onas. Otra población blanca no había en aquellos parajes, salvo algunos grupos de mineros que arañaban el cascajo aurífero en los ríos circundantes, siempre con la carabina al alcance de la mano, y otros más audaces que armados y organizados como guerrilleros, se arriesgaban en peligrosas expediciones a caballo hacia las playas de San Sebastián, con el objeto que ya conocemos. La prohibición de lavar arenas auríferas en territorio argentino, impuesta por Popper a los mineros puntarenenses, no tardó en provocar sangrientas reyertas entre éstos últimos y el personal militarizado de "El Páramo", reyertas que culminaron, en 1889, con el asalto, destrucción e incendio del depósito de viveres y materiales y casas habitaciones de Carmen Silva y el en que apenas pudieron salvar milagrosamente su vida el jefe de esta sección de "El Páramo", don Nicasio Arana y el cabo de la gendarmería, don Antonio Dadas.

Expulsados violentamente de la Bahía San Sebastián, nuestros mineros tomaron posiciones en el arroyo Beta y desde allí repelían a balazos los ataques de la gendarmería de Popper. Mientras tanto en esta ciudad, por las noticias cada día más alarmantes que llegaban acerca de

tales hechos, cundía la indignación pública. Se atribuían a Popper los propósitos más abominables y se predicaba abiertamente la necesidad de deshacerse del monstruo. Un nuevo enojoso incidente vino a colmar la medida y a precipitar los acontecimientos: una expedición capitaneada por don Enrique Rothenburg, en una alemana sorpresa nocturna a su campamento en las proximidades del Cabo Espíritu Santo, perpetrada por los gendarmes de Popper, había perdido su caballada y sus carpas, viveres, armas y útiles de trabajo. Los expedicionarios, heridos y maltrechos, después de una dura peregrinación y amenazados constantemente por las flechas de los indígenas, habían llegado a Punta Arenas en un estado lastimoso.

Las víctimas del atropello, y en particular Rothenburg, eran personas muy estimadas y queridas en nuestro pequeño mundo de luchadores y la reacción popular se produjo de inmediato, ciega y violenta. Hubo escenas callejeras muy lamentables en que los supuestos amigos o espías de Popper sufrían toda clase de molestias y persecuciones; especialmente odioso, aunque más comprensible fue el caso de un empleado de "El Páramo", don Mateo Mijaich, quien de paso en este puerto, en espera de embarcarse en viaje a Buenos Aires, fue reconocido en el muelle de pasajeros por un grupo de loberos y barbaramente golpeado. La oportuna y generosa intervención de un minero de nacionalidad griega, don Cosme Espiro, cuya contextura atlética y valentía a toda prueba eran bien conocidas, pudo evitar que el desgraciado Mijaich fuera sin más "despachado", como pretendían sus agresores.

Como se ve, la disputa por la posesión de los yacimientos auríferos de la Bahía San Sebastián había degenerado en una verdadera aunque minúscula guerra sin cuartel y el estado de beligerancia de la población de Punta Arenas se manifestaba ya en mil detalles muy sugerentes. Se formó un comité de acción presidido por el boticario don José Venegas y del que formaban parte vecinos de distintas nacionalidades. Como primer acto de protesta, se acordó organizar un meeting en la plaza Muñoz Gamero.

La participación activa de un farmacéutico en actos de tal naturaleza, no dejará de causar cierto estupor entre los pacíficos ejercitantes de la misma profesión en nuestra actualidad magallánica, más todo en la vida, como también en las profesiones, es relativo. Ya sabemos que Venegas tenía su botica en un pobre edi-



ficio situado en la esquina de la plaza con calle Atacama (Bories) y ampliando mis informaciones, puedo agregar ahora que el expendio de medicinas era muy reducido, tan reducido que el único ayudante del boticario, don F. T., dedicaba sus muchas horas disponibles a otras actividades lícitas en aquella época y, con preferencia a la extracción de muelas, valiéndose para el caso de unas piezas o tenazas descomunales que aún recordamos con sincero espanto los vecinos sobrevivientes.

El estado sanitario de la población era óptimo y el médico de ciudad poco propenso, por regla, a prescribir medicamentos innecesarios, dos circunstancias igualmente infuastas que arruinaban el negocio de farmacia y que también inducían a Venegas a enredarse en otras combinaciones químicas o comerciales más lucrativas como, por ejemplo, la fabricación y venta de chicha champaña, la que por otra parte —me apresuro a declararlo con conocimiento de causa— era bastante agradable al paladar y, además, inofensiva. Pues bien, estos pequeños antecedentes, de suyo sin importancia, fueron el origen de episodios que determinaron, a su vez, una serie de catástrofes a cuál más lamentable.

Vamos por su orden. El ayudante de Venegas, que se había improvisado cirujano-dentista no por afición sino por el honesto deseo de aumentar sus escasos emolumentos, tuvo un día, o más exactamente, una noche, la mala ocurrencia de presentarse, sin ser invitado, en una tertulia de jóvenes aspirantes a periodistas, en los precisos y fatales momentos en que uno de ellos se quejaba de un fuerte dolor de muelas. La fatalidad suele aparecer así, de sopetón, como resultado de las más raras, asombrosas e increíbles coincidencias y tal ocurrió, por malhadada suerte, en el trance a que me refiero. Seguramente estaría escrito en los libros del destino.

Requerido por el paciente, nuestro dentista de marras —que se encontraba en su estado normal, es decir un tanto chispo— practicó un exámen prolongado y concienzudo de la "pieza anatómica", se sonó a la antigua —esto es, con mucho ruido—, se acarició con visible orgullo el pulgar y el índice de la derecha y, en seguida, expidió su diagnóstico: el tratamiento era sencillo y sin mayores consecuencias; la muela estaba cariada hasta la médula y se imponía su extracción. El que ha sufrido un dolor de muelas, bien sabe que sus torturas pueden arrastrarlo a extremas decisiones, incluso al suicidio. No es de extrañar, pues, que L. F., el joven afectado, aceptara el suplicio transitorio

de una extracción inmediata que lo libraría de muchas horas de insoportables tormentos. Se realizó entonces el acto operatorio más extraordinario que he presenciado en mi larga existencia.

Los preparativos no podían ser más sencillos. El airoso dentista se hizo traer una palangana y un vaso de agua, se sacó la chaqueta, se arremangó la camisa, echó mano de la consabida tenaza que llevaba siempre consigo enfundada en el bolsillo posterior del pantalón a guisa de arma insidiosa, y sacudiendo con gesto de gladiador su melena desgreñada, lanzó su primera y única arremetida. El paciente estaba sentado en un sillón, con la cabeza reclinada sobre el respaldo, en la misma actitud resignada de la oveja ante la cuchilla de su verdugo. Lo que pasó en ese instante trágico es un algo indescriptible. Oímos tan sólo un alarido de mortal angustia, junto con la visión de una boca desmesuradamente abierta, manando sangre a borbotones, y al lado de la víctima, el victimario blandiendo con ademán triunfante su mortífera tenaza, en la que asomaban las coronas de dos muelas saras y rollizas, al estilo de las que se gastaban en sus buenos tiempos los indios patagones. En cambio, la muela enferma permanecía hostil e inmovible en su alveólo acostumbrado.

El epílogo de este primer acto del drama Popper-Venegas, es fácil de imaginar. Diez minutos después de su inaudita hazaña profesional, el dentista malogrado salía a la calle con los ojos en tinta, una oreja casi desprendida y la nariz marcada con dos surcos sangrientos que dejaban presumir una tentativa de extracción violenta, con instrumento desconocido. En la mucha "cola" que tuvo este pintoresco incidente (¿?) de color local, prevaleció el criterio de que la acción y la reacción estaban equiparadas y que no había fundamento atendible para exigir reparación de perjuicios. El dentista no reclamaba la restitución de la funesta tenaza, pero sostenía sí la tesis de que las muelas extraídas eran mellizas. No pudo explicar nunca satisfactoriamente aquello de la muela cariada, que seguía atromentando a su poseedor y éste alegaba, por su parte, que la nariz de su adversario no había sufrido sino lesiones temporales, sin tomar en cuenta todavía que el causante o provocador del conflicto había sido el dentista.

Todas estas razones y muchas más se hicieron valer ante la Justicia de la época, pero sin poder llegar siquiera a tramitaciones concretas por el hecho de que



todos los testigos presenciales al decir del dentista habían tomado participación activa en la refriega, en desmedro de sus atributos faciales y especialmente de la nariz. A su vez, los testigos negaban rotundamente su complicidad en el atentado. Como se ve, el pleito era insoluble y por tácito acuerdo de las partes, no salió más allá de las primeras declaraciones.

El juez de la causa era el boticario Venegas, quien con sus procedimientos salomónicos y patriarcales, no tardó en conquistarse la simpatía de los jóvenes tertulianos que se encontraban envueltos en el celebrado "sumario de las muelas gemelas".

\* \* \*

Otro factor determinante de la situación vidriosa que iba a culminar en el meeting de la plaza Muñoz Gamero, era la chicha champaña preparada por Venegas, en relación indirecta con una capa de guanaco sustraída a Popper y vendida a un comerciante local. Descubierto el robo, tuvo lugar una escena violenta entre Popper y el comerciante, quien alegaba su buena fe, confirmada por el hecho de haber pagado el justo precio de la capa y Popper, por su parte, exigía la devolución, pura y simple, de la especie robada, sin compartir pérdida alguna con el comprador. Legalmente, el negocio no era contencioso, y llamado a dirimirlo, el juez Venegas falló a favor de Popper.

Hasta aquí no se divisa la conexión que pudiera existir entre este nuevo incidente de policía y los acontecimientos que tuvieran tanta resonancia en la prensa de Santiago, Valparaíso y Buenos Aires, con repercusión en las Cámaras Legislativas de ambos países, pero no olvidemos que Venegas era juez "ad honorem" y que el ejercicio de sus funciones, como tal, no le inhibía el ejercicio de sus actividades como boticario. Solamente la perfidia de Popper podía explicar el hecho vergonzoso, según él, de que en un diario de la vecina República se le acusara de adulterar productos tan nobles como el vino Burdeos y la chicha champaña. De ahí primordialmente, el justificado encono con que Venegas fomentó, primero, y encabezó, después, el movimiento popular en contra de Popper.

La preparación del meeting fue motivo de largas y apasionadas discusiones. En el seno del Comité Organizador, se advertían desde el principio tres tendencias muy pronunciadas, esto es, como si dijéramos hoy en día: una de izquierda,

que formaban los mineros vapuleados y despojados por Popper; una de derecha, integrada por los capitalistas que financiaban y explotaban a sus anchas las expediciones de los mineros; y una de centro, constituida por un grupo numeroso de vecinos independientes.

Los izquierdistas reclamaban una acción pronta y vigorosa a fin de conseguir que los lavaderos fueran considerados patrimonio exclusivo de los mineros que sufrían tantas penurias para rescatar a sus funciones sociales las relucientes pepitas; los derechistas abundaban en buenas razones de orden jurídico para demostrar que la constitución de las pertenencias auríferas era indispensable para asegurar los derechos de todos, sin distinción de castas, y que la implantación de la misma industria sobre bases racionales y productivas, exigía un capital inicial, muy digno de tomarse en cuenta en la distribución de utilidades; y, por último, los independientes, completamente ajenos a esa lucha de intereses, de clase y quitados de bulla partidaria, como afirmaban, tenían como único programa el de formar mayoría, gravitando hacia la derecha o hacia al izquierda, según sus conveniencias del momento. Sin embargo, se obtenía siempre acuerdo unánime cuando se trataba de echarle el muerto a Popper.

En calidad de gremio tolerado, podían también concurrir a las sesiones del Comité los representantes del periodismo manuscrito de la localidad. Recuerdo, entre ellos, a Baldomero Méndez, Elías Sanders, Santiago Díaz C., Arturo Rodríguez del Río y otro cuyo nombre se me escapa, por ahora. Méndez era el de mayor edad y el más sesudo de los componentes de esa festiva y despreocupada comunidad bohemia; sus consejos, llenos de sabiduría, se estrellaban regularmente contra la naturaleza rebelde de sus camaradas que lo hacían víctima de las chanzas más crueles y lo apodaban "Catón el Censor". Sanders tenía talento, pero lo malgastaba en sátiras y cuchufletas; con su espíritu mordaz y su desenfado, dominaba en las reuniones del Comité y aterrorizaba a los "centristas". Rodríguez del Río era el académico del gremio; siempre elegante y atildado en su exterior, exigía la misma pulcritud en la locución; sus compañeros lo apellidaban "doña Gramática". El más joven de la incorregible cofradía periodística, era Díaz C., alias "Dantón el Chico"; además de su inagotable bondad y su ingenua franqueza, se distinguía por su candor en materia política; apasionado lector de la "Revolución France-



sa", por Thiers, que le servía de cita por cualquier cosa, creía sinceramente que el meeting en proyecto sería el episodio precursor de un estallido mundial destinado a demoler todas las Bastillas del universo.

Por fin, los miembros del Comité llegaron a un acuerdo definitivo sobre redacción de las conclusiones que debían elevarse al Supremo Gobierno y designación de los oradores que tomarían a su cargo la embarazosa tarea de iniciar el pueblo de Punta Arenas en las lides de la vida republicana. Como siempre, Elías Sanders no desperdició la ocasión para fraguar una de sus travesuras acostumbradas. Propuso y obtuvo, con su dialéctica espaciosa, que fuera aceptada por aclamación la siguiente lista de candidatos, formada por él: José Venegas, Juan Fuhmann, José Celledón, Juan Agustín Concha, Santiago Díaz C. y otro delegado de la comunidad periodística, cuyo nombre —como dije— no recuerdo. Ya tenía Sanders designada, "in pectore", una nueva víctima de su risueña inventiva para sacar a luz el lado cómico de aquel movimiento popular tan desproporcionado con la importancia de los acontecimientos que le dieran origen.

Uno de los oradores propuestos por Sanders, don Juan Agustín Concha, constituía por sus condiciones absolutamente negativas la perfecta antítesis comicial. Encomendarle una arenga al pobre Concha, ya muy anciano en aquella época, era lo mismo que coger agua con harnero. No carecía de cierta verbosidad, pero toda se le escurría por la nariz, como gotera de alambique; a impulso de un romadizo crónico y con estornudos de alta frecuencia. Además, era miope, bastante sordo y no sabía pizca de Historia. Era muy comprensible, por lo tanto, que el bueno de don Juan Agustín, con voz sofocada por la emoción y por el resfrío, se excusara de participar en el torneo oratorio, pero Sanders tenía bien meditado su plan y no estaba dispuesto a largar la presa. Haciendo derroche, como siempre, de su habilidad felina y de sus incomparables facultades persuasivas, convenció a Concha de que debía aceptar el muy honroso encargo, comprometiéndose él, por su parte, a redactarle un magnífico discurso.

La comedia se desarrollaba a las mil maravillas.

Al día siguiente se congregaron en la plaza unas quinientas personas de las más diversas graduaciones y características raciales, sociales y profesionales. Un conjunto abigarrado y heterogéneo en que difícilmente habría podido establecerse un

nexo común de propósitos o de recíproca tolerancia. Se cruzaban en alta voz, entre los concurrentes, diálogos y dicharachos cuya dicción idiomática denunciaba a la legua la presencia de elementos sospechosos. Sin embargo, cuando llegaron los miembros del Comité y tomaron asiento alrededor de una enorme y sólida mesa oblonga, preparada como para resistir los posibles embates de la multitud arisca, cesaron como por encanto las vociferaciones y todos se dispusieron a oír con mucha atención la palabra de los oradores.

Abrió el acto el Presidente don José Venegas, poniendo de relieve el hecho muy significativo de que el pueblo de Punta Arenas se viera en la dura necesidad de hacer pública su enérgica protesta por los atropellos perpetrados por el bandolero Popper en las personas de pacíficos vecinos, que pretendían tan sólo ganarse honestamente la vida en los lavaderos de oro de Tierra del Fuego. Y para reforzar este hermoso concepto del pacifismo magallánico, Venegas terminó su discurso invitando a los mineros a repeler la fuerza con la fuerza, sin reparar en consideraciones de ninguna especie.

Por desgracia de los dicharacheros exóticos que algunos minutos antes soltaban pullas entre sí, con la evidente intención de zaherir a los organizadores del meeting, nuestro boticario no hablaba con sordos o desentendidos. Al grito, repetido con creciente exasperación, ¡Son espías de Popper! los "pacíficos" vecinos se lanzaron como fieras sobre el grupo de los infelices y a golpes y latigazos los obligaron a desbandarse en un santiamén. La paz reinaba nuevamente en Varsovia, digo en la plaza Muñoz Gamero.

De seguida pronunció su alocución don Juan Agustín Concha, o más exactamente, inició la lectura de la pieza literaria elaborada por Elías Sanders. El mismo discurso, leído por el propio autor en la Secretaría del Comité algunas horas antes, no había merecido objeciones de peso. Era muy ampuloso y abundaba en citas históricas bastante ridículas en estas latitudes, pero éste era también, poco más o menos, el tono de los demás, en que la diatriba adjetival encumbraba a Popper a las alturas de Nerón y de Calígula, distinguidos a su vez con los calificativos de monstruos feroces, criminales salvajes, verdugos, ladrones, asesinos, etc. Únicamente una alusión a la nariz de Cleopatra había suscitado algunas dudas acerca de su oportunidad, en vista de que la intromisión de mujeres en la oratoria del meeting podría perturbar la serenidad del acto.



No obstante, el texto del discurso, tan elevado en sus conceptos evocativos y comparativos, fue aprobado por unanimidad y don Juan Agustín hubiera hecho un espléndido papel en su terreno tribu- nicio de no interponerse la felonía de San- ders. Las veinte carillas que contenían el discurso no estaban numeradas; Sanders las había entregado a Concha el día an- terior, en su orden correlativo y abrocha- das en una cinta, a fin de que pudiera ejer- citarse en su fácil lectura, y no pudo acla- rarse nunca cómo y cuándo las carillas ha- bían extraviado el camino de su correcta colocación en el pliego. De modo que so- lamente el exordio, leído por Concha en tono brioso y sin accesos bronquiales, me- reció una cálida ovación del público; lo demás fue un horror.

Nerón —el sanguinario Nerón del discurso bien coordinado— resultaba ser “la tierna paloma de un ensueño fami- liar”; Calígula —el loco criminal— se había dedicado a un modesto comercio de alpargatas; Julio César —el glorioso con- quistador de las Galias— se conformaba con un modesto empleo en una casa de prendas; Marco Antonio, olvidando sus nobles antecedentes de Cónsul romano, no trepidaba en aceptar el cargo de Contador en una firma conocida de la localidad; y hasta Octaviano —el divino Augusto— estaba metido en una controversia judicial por cobro de pesos. Hasta aquí el público, en general, se mantenía en una actitud ex- pectante y un tanto sorprendido, puesto que la mayoría de los presentes nada sa- bían de tales personajes y de sus hazañas históricas y suponían que se trataba de individuos adictos a Popper. Los muy pocos ilustrados en la materia, en cambio, comenzaban a darse cuenta del enredo y se reían a carcajadas.

Los miembros del Comité, por su parte, se agitaban en vanas tentativas de restablecer el orden de las carillas y el ora- dor, irritado por lo que creía una falta de confianza en su elocuencia, se obstina- ba en la lectura de su discurso, interca- lando cada frase con formidables estor- nudos. El infausto contratiempo se agra- vó de repente y en proporciones irrepara- bles cuando Concha, ya trastornado por la ira y la erupción nasal, se refirió —a través del texto— a detalles chocantes acerca de la nariz del Presidente Vene- gas y afirmó, llorando a lágrima viva, que el Vicepresidente, don José Celedón, cul- tivaba relaciones ilícitas con la reina Cleo- patra.

Esta última calumnia dio al traste con la paciencia del público y del Comité.

Celedón tenía malas pulgas y sin esperar o exigir explicaciones sobre un asunto tan delicado, arrebató las carillas de las ma- nos de Concha y las echó a rodar por el espacio; los espectadores, por su parte, se precipitaron a la conquista de los “volan- tes”, originándose, con tal motivo, un tu- multo espantoso. Hubo necesidad de sus- pender el acto, hasta conseguir un relati- vo apaciguamiento de los ánimos, justa- mente indignados por esta nueva infamia ideada por... Popper. Sí, él, siempre él, en combinación, esta vez, con la nariz egipcia de Cleopatra. ¡La Historia se ha- ría más verídica, provechosa y maestra si tomara en debida cuenta estas pequeñas causales físicas de los más grandes su- cesos.

Restablecido el orden, hizo uso de la palabra don Santiago Díaz C. Como dije ya, don Santiago en materia políti- ca era un ingenuo, o sea, un romántico y así se mantuvo toda su vida. Un bello ejemplo, sin duda, para los saurios sin escamas que se inspiran en las tablas del cielo raso. Su discurso fue muy aplaudi- do, pues, aparte de sus disquisiciones ideo- lógicas fuera de lugar, juzgaba los hechos con sano criterio y aconsejaba más tem- planza en los procedimientos. Su palabra sincera tuvo la virtud, por lo menos mo- mentáneamente, de disipar la mala impre- sión que había dejado en el público la ora- toria desvergonzada de Concha y de tran- quilizar al enfurecido Celedón, hasta el punto de permitirle leer con acento casi normal las conclusiones del meeting. Ve- mos ahora de cómo el pobre boticario Ve- negas sacrificó su vida en aras de la jus- ticia.

\* \* \*

Los acontecimientos a que me refie- ro tuvieron su mayor desarrollo durante la administración del Gobernador don Francisco R. Sampaio y, precisamente, en el transcurso del bienio de 1888-1889. La aparente inercia de ese funcionario ante la gravedad del conflicto que se había pro- ducido entre Popper y los mineros de Ma- gallanes, a raíz del descubrimiento de las arenas auríferas de San Sebastián, respon- día a medidas de prudencia elemental im- puestas por las circunstancias. El personal del servicio de seguridad, en la población, no contaba con más de quince a veinte individuos de tropa, que poco o nada po- dían intentar contra centenares de hom- bres curtidos en su vida azarosa y provis- tos de armas portátiles de todo género y, además, no existía razón plausible para



desviar querellas en campos ajenos hacia nuestros propios lares.

Cabe recordar todavía que las relaciones entre nuestras autoridades y las de jurisdicción argentina en la Tierra del Fuego eran cordiales hasta el punto que el Gobernador, con residencia oficial en Ushuaia, don Félix Paz, en sus frecuentes viajes a Punta Arenas, por una u otra razón del servicio administrativo a su cargo, autorizaba los mineros chilenos a explorar y explotar los lavaderos de oro situados dentro del territorio de su mando y, en cierta forma, se había constituido en su defensor. De ahí, sobre todo, las embestidas furiosas de Popper en contra de Paz, a quien acusaba abiertamente, en la prensa de Buenos Aires, de vanalidad en el ejercicio de sus funciones.

Es justo reconocer que Popper era hombre de extraordinario empuje y de valor a toda prueba. Sus expediciones a las costas Este y Sur Este de la Tierra del Fuego, significaban en su tiempo verdaderas hazañas y que merecen aún hoy día la admiración de las personas que conocen la naturaleza sombría y el clima infernal de Cabo San Pío y de la región circundante, en el extremo Sud de la Isla. Su esfuerzo, su arrojo y su resistencia física las más duras penalidades de empresas tan arriesgadas, servían también de incitamiento a la pesada labor de sus acompañantes, entre los cuales sobresalían por lealtad incondicional a su jefe, los dálmatas: Novaó, Trebotić, Dadas, Martinić, Mijaić, Cacić y algunos más. Todos ellos habían trabajado bajo las órdenes de Popper en años anteriores, en distintas zonas de la República Argentina, ganándose su entera confianza.

En sus andanzas a lo largo de aquellas costas, descubrió Popper, en Agosto de 1888, las arenas auríferas de Bahía Sloggett. Se trataba de una gran riqueza acumulada en un breve trecho de playa y Popper se apresuró a establecer allí un lavadero, confiando su dirección al ingeniero Wagner, mientras él regresaba a El Páramo para reunir mayor cantidad de elementos y más personal destinado a la nueva faena, cuya importancia era, en realidad, superior a los cálculos más optimistas. Entre tanto la noticia del magnífico descubrimiento había trascendido en proximidad y en lontananza y cuando la goleta "María López", procedente de El Páramo, fondeó en Bahía Sloggett, repleta de víveres y materiales enviados por Popper, pudo constatar que Wagner y su gente habían desaparecido.

La explicación del angustioso misterio

la dieron cuatro individuos que los tripulantes de la goleta encontraron en las cercanías del lavadero. En la mañana del mismo día había fondeado en Sloggett el transporte argentino "Comodoro Py", llevando a su bordo al Gobernador del Territorio, quien dispuso el arresto del ingeniero Wagner y de todo el personal del establecimiento, so pretexto de que estaban explotando bienes del Estado. El Código de Minería, invocado por Wagner, era letra muerta en el Canal Beagle y por tan deplorable accidente geográfico, los prisioneros navegaban en ese momento con rumbo a Ushuaia. Estaba de Dios que Popper debía concretarse a levantar la perdiz en beneficio de los cazadores de alforja. Para colmo de mala suerte, la goleta "María López", sorprendida en su fondeadero de Sloggett por un fuerte temporal, naufragaba en la costa insidiosa de aquella bahía, ahogándose, en circunstancias dramáticas que sería muy largo detallar, su Capitán Knaak y diez más de sus tripulantes y pasajeros.

Es indudable que a Popper le faltaban algunas condiciones esenciales para triunfar en sus empresas desde el punto de vista industrial y, por ende, carecía del sentido de la realidad. Su soberbia y su incapacidad de adaptación al ambiente le impedían recurrir a medios más hábiles para conseguir que se le hiciera justicia. Prefería la lucha abierta con todas sus consecuencias y este espíritu combativo tenía que resultarle fatal en época en que el derecho estaba sometido al arbitrio de funcionarios incontrolados por su Gobierno, ya que la inmensa distancia y el desierto se oponían a una fiscalización severa de sus actos.

Lo que ocurrió en los lavaderos de Bahía Sloggett fue una iniquidad. Las exploraciones que efectuó Popper en la zona desconocida de mi referencia y la explotación de eventuales descubrimientos auríferos, estaban autorizadas por el Gobierno argentino y no existía razón legal para suspender los trabajos y mucho menos para arrestar al personal de la faena, pero lo más censurable que hubo en este atropello fue el hecho de que parientes del Gobernador Paz se adueñaran de los lavaderos y aprovecharan para su explotación las instalaciones, los materiales y hasta los víveres llevados por Popper a Bahía Sloggett, a costa de cuantiosos desembolsos y de sacrificios personales durísimos.

También es evidente que las manifestaciones aparatosas de Popper debían despertar comprensibles recelos de parte de



las autoridades argentinas de la Tierra del Fuego. En su establecimiento de San Sebastián se revestía Popper de atributos casi soberanos. Para el comercio de productos de toda clase y pago de sueldos, había acuñado dos tipos de moneda de oro nativo, una de cinco pesos y otra de uno, con las siguientes inscripciones en el anverso y en el reverso: "Tierra del Fuego", "Popper - 1889": había organizado, además, un sistema disciplinario por jerarquía, en el que ocupaba la suprema dignidad; y, para su seguridad personal, contaba con una escolta uniformada, al mando de su hermano, el doctor del mismo apellido. Este último aparecía en los cuadros con el carácter de Comisario de Policía, de nombramiento gubernativo, pero, en realidad, todo el Cuerpo de Gendarmes era costeadado por Julio Popper y obedecía exclusivamente a sus órdenes.

Se explica, pues, el sentimiento de hostilidad con que dichas autoridades miraban estas anomalías administrativas introducidas abusivamente por el intruso extranjero y se aprovechaban de ellas para desprestigiar lo mucho que había de bueno y de heroico en la obra de Popper. Ya me he explayado detenidamente acerca de las extrañas contradicciones que ofrecía a este modesto observador la personalidad del ingeniero rumano; solo me resta agregar, para descargo de conciencia, que sus aventuras en la Tierra del Fuego han contribuido indirectamente al progreso regional, puesto que se debe a ellas, en parte muy apreciable, el movimiento inmigratorio que permitió llevar a efecto en aquel período la constitución sobre principios más humanos y elevados de la vida magallánica.

El episodio que sigue en esta narración, fue la última demostración ostensible de un pasado ya en pleno desacuerdo con tales principios.

\* \* \*

Estamos al declinar de una tarde luminosa del mes de Agosto de 1889. Tras un temporal violento del S. O., el cielo se ha despejado y el sol, próximo a hundirse en las montañas de Brunswick, derrama a borbotones el torrente de sus rayos purpurinos. Dentro de algunos instantes el astro rey, sumido su disco en el abismo insondable del horizonte, nos dejará gratuitamente, como bien se aviene a su imperial grandeza, un espectáculo de magnificencia incomparable. Una aureola de proporciones fantásticas proyectará en derredor haces de luz incandescente, irisa-

da con destellos de la más pura pedrería, desde el rubí color de brasa, hasta el zafiro azulado, la turquesa violácea y el verde vivo de la esmeralda. Y púrpura y oro chispeante en los contornos de la corona y en los barcillos blanquecinos que tremularán gozosos en la atmósfera incendiada.

Nos devanamos los sesos en visiones de hiperbólicas riquezas ocultas en las entrañas más profundas de la tierra y permanecemos ciegos o indiferentes ante la majestuosa opulencia del firmamento magallánico. ¡Qué descuido increíble! ¡Qué distracción! Nadie se percata de que una sóla de nuestras puestas de sol invernales encierra en el espacio más oro y más gemas que el tesoro bíblico de la reina de Sabá mancomunado con el de Salomón. Oro viejo y oro bruñido, inmensas praderas de puro cobalto y cirros de albura inmaculada, que semejan a copos de lana fina, corta y rizada. Merino, pues, y de trama inmarcesible. ¿No podríamos intentar su explotación? Por si acaso, vamos a elevar una solicitud.

No obstante la estación, la temperatura es suave y convidante a un breve paseo hacia la plaza, en busca de la última novedad del día y, si a mano viene, sacar en claro los rumores que circulan con insistencia desde las primeras horas de la mañana acerca de un movimiento popular en preparación. Y algo debe ocurrir en realidad, puesto que en las calles centrales se nota una insólita animación; se forman grupos de vecinos conocidos en las esquinas y se discute, en voz baja, alguna cosa que parece ser de suma gravedad, ya que los interlocutores se interrumpen por momentos y observan con recelo el paso apresurado de muchos individuos cuyas prendas principales de vestir —sombrero calañés, chaqueta de cuero y botas altas— denuncian al minero fueguino de los tiempos tormentosos. El bulto característico que emerge sobre el flanco derecho de cada uno de ellos, indica que el argumento decisivo está siempre listo para poner término a molestas discusiones. Sin embargo, el uso metódico y recíproco de este elemento de convicción le ha restado toda importancia y nadie ya repara en él.

¿A dónde se dirigen las huestes de Venegas? Es fácil deducirlo de la voz de orden que se cruza entre los vigías apostados en las esquinas de la plaza. Se trata evidentemente de aislar dentro de un cordón humano las dos manzanas comprendidas entre las calles Coquimbo, Colchagua, Aconcagua y Ñuble (hoy, Errá-



zuriz, Balmaceda, Nogueira, Navarro A.). La consigna se cumple en menos de diez minutos y se organiza inmediatamente después un servicio de guardia, a fin de controlar las comunicaciones con la zona sitiada. El grueso de las fuerzas mineras se ha concentrado en la esquina de Coquimbo y Magallanes (21 de Mayo). Campea allí, como estandarte, la figura airosa de Pepe Celedón y en torno de su mirada amenazante se mueven los hilos del singular espectáculo.

La versión del suceso corre ahora de boca en boca. Sin precisar hora y medios de locomoción, se ha sabido que durante el transcurso de la noche anterior ha llegado a esta ciudad, procedente de Tierra del Fuego, el Comisario del Páramo, doctor don Máximo Popper, quien se hospeda en este momento en el Hotel Magallanes, en espera del vapor que ha de conducirlo a Buenos Aires. Se presume que viene acompañado de su hermano don Julio, aunque no hay informaciones seguras a este respecto. Esta presunción se funda únicamente en el hecho de que la casa comercial de los señores Wehrhahn y Cía., situada en la esquina enfrente de dicho hotel, acaba de cerrar sus puertas y se dispone, según parece, a tomar algunas medidas en legítima defensa de su integridad, amagada por los mineros tumultuantes.

Para mejor comprensión de este intrincado relato, abro aquí un paréntesis explicativo acerca de las circunstancias de distinta naturaleza que influían en la mentalidad casi infantil de aquellos hombres toscos pero sinceros, para inducirlos a procedimientos y actos de violencia ya repudiados por una población cansada de motines y revueltas y anhelosa de encontrar, por fin, el camino recto que había de llevarla a su redención y a su prosperidad. Halagados por sus dirigentes, creían los mineros en buena fe que la razón estaba de su parte y que debían aprovechar la oportunidad para exigir a Popper o a su hermano Máximo, allí presente, el valor de los caballos, carpas y útiles que les habían arrebatado en la refriega de Cabo Espíritu Santo, olvidando, por supuesto, que ellos también tenían algo que abonarle a su pretendido deudor, en concepto de la destrucción de los edificios e instalaciones de Carmen Silva y confiscación de una respetable cantidad de oro amalgamado, amén de las zurras de palos distribuidas generosamente entre el personal de aquellos lavaderos, como resultado de la expedición punitiva que habían llevado a efecto algunos meses antes.

Protestaban los mineros su firme

propósito de no salirse de la legalidad. El sitio de dos manzanas en pleno centro urbano no tenía más alcance que una medida de precaución, mientras su apoderado Venegas tramitaba ante el Juzgado de 1ª Instancia un decreto de arraigo de Máximo Popper, a fin de evitar su embarco apresurado en el vapor de la Compañía del Pacífico que ya se encontraba en maniobras de fondeo en esta bahía. En resúmenes cuentas, no les movía otro interés que el de velar por el prestigio de la justicia. Así lo afirmaba en tono perentorio el forzado Celedón y nadie se atrevía a contradecirlo. El instinto de conservación es un impulso natural que nos pone a cubierto de muchos peligros. Es común en todas las especies. Por razones muy laudables de dignidad, los hombres suelen disfrazarlo con eufemismos tan apropiados como: paciencia, discreción, tolerancia, prudencia, cordura, reserva, cuidado, indulgencia, mesura, condescendencia, moderación, buen seso, equilibrio, etc. Enrique IV de Navarra, guerrero genial y francote, refiriéndose al mismo impulso natural, lo llamaba sencillamente, "miedo".

El Hotel Magallanes estaba decorosamente instalado en el mismo edificio que ocupan en la actualidad el Hotel Santucci y la Sastrería Tenore. El establecimiento, que era entonces el mejor de su clase, servía también de punto de reunión de los vecinos más destacados de la localidad y allí se hospedaban habitualmente los estancieros británicos de la costa del Estrecho y de las islas Malvinas, en sus viajes periódicos a este puerto. Era dueño del Hotel el súbdito alemán don Enrique Wagner, persona muy estimada por sus prendas de carácter y corrección de sus procedimientos. El señor Wagner había residido algunos años en Malvinas, adquiriendo en aquella colonia inglesa del Atlántico Sur los conocimientos de la industria ganadera que más tarde le permitirían ser uno de los primeros y más afortunados pobladores del interior de la Patagonia. A la sazón atendía su clientela en el Hotel con la gentileza acostumbrada, pero un tanto nervioso por el peligro que le significaba una posible agresión de los mineros a su establecimiento.

¿Qué hacer en esta emergencia tan apurada como inesperada? Don Enrique nada sabía de leyes, más comprendía perfectamente que para hacer respetar la ley se necesita en cada caso un número suficiente de guardianes del orden público dispuestos a cumplir con su deber. ¿Cómo podían imponerse los quince o veinte soldados de la guarnición —en nombre de



la ley — a los centenares de mineros que se habían reunido espontáneamente en esa encrucijada con el propósito, ya confesado, de hacer cumplir la ley, o sea la orden de arraigo de Máximo Popper. ¿Quién estaba en la verdad y en la justicia? Evidentemente los mineros, puesto que ellos eran diez veces más numerosos que los guardianes del orden y mucho mejor pertrechados. El derecho consuetudinario tiene fundamentos más persuasivos que el derecho de gentes. Y si no, que lo diga el oso polar, que lo sabe bien.

Se encontraba también alojado en el Hotel Magallanes el abogado don Tomás Romero, de paso en esta ciudad por negocios particulares, quien, a petición del Comisario Popper, tomó cartas en el asunto, interponiendo sus buenos oficios ante el Juez de la 1ª Instancia, don Julio Izarnótegui, a fin de que no se diera lugar a las pretensiones de Venegas, que él estimaba absurdas y sin base legal. En un comparendo a que se habían citado las partes, Venegas, terriblemente excitado por la argumentación severa, razonada e irrefutable del defensor de Máximo Popper, había perdido la chaveta y se abandonaba a escandencias y excesos tales que hacían temer por su razón o su vida. Ya en estado de completa postración, hubo necesidad de llevarlo a su domicilio particular de la calle Valdivia, entre Magallanes y Atacama, donde falleció poco después por consecuencia de una hemorragia cerebral.

Mientras en el Juzgado se debatía la suerte del Comisario de San Sebastián y ya sumergida la ciudad en las sombras densas de la noche invernal, los mineros habían encendido en el centro del cruce-ro de las calles mencionadas una enorme fogata que alimentaban con arbustos traídos del Río de la Mano. El otro edificio custodiado por ellos pertenecía, como dije, a la firma de Wehrhahn y Cía, y estaba situado en la misma esquina que ocupan actualmente los almacenes y las oficinas de la firma Stubenrauch y Cía. Era jefe de aquella casa comercial don Rodolfo Stubenrauch, vecino prestigioso y muy distinguido, quien tuviera más tarde una larga y meritoria actuación en nuestras esferas comerciales e industriales y, a la vez, en altos puestos públicos. El se-

ñor Stubenrauch desempeñaba en aquella época las funciones de Cónsul de S. M. Británica, circunstancia que hacía particularmente grave el extraño sitio de su domicilio, organizado y mantenido durante algunas horas por los mineros. Asimismo, tenía a su cargo la Agencia de la Compañía Inglesa de Vapores (P. S. N. C.).

Así las cosas y en vista de que la autoridad judicial vacilaba aún en pronunciarse acerca del enredo jurídico promovido por Venegas, con una abundante prueba testimonial, intervino providencialmente la autoridad administrativa, salvando con admirable acierto las consecuencias enojosas y tal vez irreparables que nos hubiera acarreado este nuevo conato de motín. Era Gobernador Interino del Territorio, en reemplazo del titular, General don Samuel Valdivieso, que se encontraba por motivos del servicio en la Capital de la República, el Médico de Ciudad don Lautaro Navarro Avaria, cuya obra altamente benéfica y progresista en Magallanes, durante más de un cuarto de siglo, es bien conocida.

Con el tacto que lo caracterizaba, el doctor Navarro había prestado desde el primer momento la mayor atención a las bregas facciosas de los mineros, dictando las disposiciones del caso a fin de evitar en lo posible un conflicto entre ellos y el escaso personal de la Policía, en espera de una resolución del Juzgado, cuyas atribuciones no podía invadir. Denegadas, por último, a instancia del abogado señor Romero, las peticiones de Venegas, el Gobernador Interino, valiéndose de su autoridad y sobre todo, de su prestigio personal, logró persuadir a algunos de los cabecillas principales de la revuelta y, de acuerdo con ellos y con otros vecinos amigos, organizó y llevó a efecto "la evasión" del supuesto reo, Máximo Popper. Así terminó, entre risas, mofas e imprecaciones, el acto postrero de la tragedia magallánica.

Al día siguiente una nueva conciencia se había despertado en el espíritu de aquellos pobladores turbulentos pero accesibles al llamado de la razón: la conciencia ciudadana. Magallanes iniciaba, por fin, su marcha triunfal en la senda de sus grandes destinos.



## FUNDACION DEL DIARIO "EL MAGALLANES"

AMBIENTE DE LA EPOCA

La aparición del primer periódico en Magallanes tuvo, en su tiempo, una influencia tan decisiva en la marcha y orientación de las actividades regionales, que ahora, por razones obvias, sería muy difícil de apreciar. La ciudad de Punta Arenas, entre los años 1889 y 1891, había aumentado y mejorado notablemente su edificación debido a la liberalidad extraordinaria con que el Gobernador, don Samuel Valdivieso, hiciera efectivas las disposiciones del Decreto Supremo de 24 de Abril de 1885, sobre concesión de sitios urbanos a los pobladores del Territorio. El perímetro de la ciudad, limitado anteriormente entre las tres avenidas por el norte, sur y oeste, y la calle O'Higgins por el este, se había extendido a fines de 1891 más allá de esos límites en una superficie casi tan grande como la que abarcaba el antiguo plano de Punta Arenas.

Es también de aquella época el cambio profundo que se verificó en la vida diaria hasta entonces apacible y sedentaria de la población. Al vecindario de antaño, dedicado casi exclusivamente a la caza de lobos, guanacos y avestruces, al comercio de pieles, a la crianza en pequeña escala de vacunos y a los primeros ensayos y rápido desarrollo de la crianza de ovejas (1876-1890), vino a sumarse de golpe el contingente heterogéneo, pero resuelto y valiosísimo, de algunos miles de hombres atraídos por la resonancia mundial que tuvieron los descubrimientos de arenas au-

ríferas en Cabo Virgenes, San Sebastián, Bahía Slogget, Isla Lennox, etc., etc.

A principios de 1892 la población de Punta Arenas, casi duplicada en el breve lapso de cinco años, alcanzaba ya a tres mil habitantes, y a unos cinco mil, poco más o menos la total del Territorio. Pero más que por su número, los últimos inmigrados significaban por sus condiciones físicas y espirituales un valioso aporte a la colonización de Magallanes. Hombres audaces y esforzados necesitaban tan solo un campo abierto a sus actividades y alguna ayuda de la autoridad local para someter nuevas empresas y dar vida a una multitud de pequeñas industrias, transformando a la vez la fisonomía colonial y apática de esta ciudad en un surgidor impetuoso de energías conscientes, iniciativas geniales y trabajo fecundo. Había entre ellos intrépidos buscadores de oro endurecidos en las faenas de los placeres de California, Australia y Sudáfrica; robustos campesinos, marineros y pescadores de las costas adriáticas, obreros y constructores habilidísimos; y algunos profesionales muy competentes en talleres mecánicos y otros ramos de la producción industrial.

### LA LABOR DEL GOBERNADOR SEÑORET

Coincidió felizmente con esta gran afluencia de trabajadores extranjeros, la designación de un nuevo Gobernador, don



Manuel Señoret, el más ilustre y progresista de los mandatarios que ha tenido el Territorio de Magallanes. Digo ésto, sin desconocer, por cierto, la labor patriótica, la preparación administrativa y los merecimientos de don Carlos Bories, don Mariano Guerrero Bascuñán y de otros gobernadores, que también han dejado aquí un recuerdo imperecedero de sus virtudes ciudadanas.

El señor Señoret era considerado como uno de los más altos jefes de la Marina de Chile. Por su vasta ilustración profesional y por su brillante talento, gozaba de sólido prestigio entre sus compañeros de armas, y de la más franca estimación y simpatía entre sus innumerables amigos, por la entereza de su carácter, por su rectitud y por la incomparable bondad de su alma. Su obra en Magallanes fue sencillamente la obra de un constructor formidable y, como tal, no puede reseñarse en esta breve evocación de uno de sus aspectos más interesantes.

Después de algunos meses de su llegada a Punta Arenas (17 de Septiembre de 1892), ya tenía el nuevo Gobernador un dominio completo del ambiente en que debía desplegar sus condiciones excepcionales de administrador. Los conocimientos geográficos y topográficos que poseía de la región, de las características del clima, de la naturaleza de las tierras y de sus posibilidades en orden a la agricultura, a la ganadería y a la explotación de las zonas boscosas, ya daban tema y singular relieve a sus informes oficiales, en los que aún podemos comprobar la visión clara y precisa que tuvo de muchas medidas gubernativas que de adoptarse en aquel entonces habrían evitado más tarde la estancación y decadencia del progreso magallánico.

Estimaba con razón, Don Manuel Señoret, que en un territorio inmenso, poco menos que desierto, la misión primordial del gobernante era la de poblar las tierras incultas, favoreciendo y amparando por todos los medios a su alcance la inmigración de gentes sanas y susceptibles de amoldarse a las condiciones peculiares del país. De acuerdo con este punto de vista, diviso enseguida la conveniencia de ofrecer la ocupación gratuita de terrenos fiscales y toda clase de facilidades a los recién llegados que desearan radicarse definitivamente en el Territorio, con ánimo de dedicarse a empresas o trabajos de alguna utilidad pública. El resultado de esta política amplia de población no pudo ser más beneficiosa. La pobre y rutinaria colonia de Magallanes en menos de dos

años se había transformado en una pequeña ciudad llena de vida y ansiosa de expansión. El movimiento comercial, en constante aumento, buscaba ya o creaba nuevos mercados en las costas atlánticas de la Patagonia; la navegación de cabotaje se enriquecía con los primeros vapores; en las inmediaciones del puerto se instalaban astilleros, fundiciones, talleres mecánicos; la industria maderera mejoraba y multiplicaba sus establecimientos; surgían las primeras fábricas de ladrillos.

## AMBIENTE CULTURAL DE LA EPOCA

Aunque en forma necesariamente muy sumaria he querido dar hasta aquí una idea de lo que era la ciudad de Punta Arenas, hace ahora cuarenta años, y del ritmo acelerado que supo imprimir a las actividades de sus habitantes el Gobernador Señoret.

Todo respiraba en aquella época fe y confianza en los destinos del Territorio. Las empresas comerciales o industriales más arriesgadas encontraban siempre el hombre inteligente y resuelto que las promovía y el crédito indispensable para llevarlas a cabo. Todos nos conocíamos muy de cerca y sabíamos a punto fijo el valor de cada uno. Ya se destacaban en el mundo de los negocios y en la socialidad local algunas de las personalidades que alcanzarían en adelante situaciones muy elevadas, pero no existían prejuicios de casta y a todos nos unía una recíproca estimación y el deseo vehemente de cooperar al engrandecimiento del país.

Por otra parte, se había despertado también un fervor, hasta entonces desconocido, de hacer obra de civismo, cultivando el espíritu, procurándose buenos libros, divulgando conocimientos, fomentando manifestaciones de arte, organizando asociaciones con fines morales e intelectuales, propagando entre los jóvenes puntarenenses una noción más exacta, más noble y más humana de la vida civilizada.

## LA PRIMERA IMPRENTA

Para finar y dirigir tanta exuberancia de fuerzas progresistas y, al mismo tiempo, llamar la atención del centro del país hacia esta apartada región, faltaba únicamente el instrumento más adecuado y eficaz: la prensa.

Correspondió también esta iniciativa al Gobernador Señoret. Espíritu inquieto, en la acepción más noble de la palabra, tenía siempre en fermentación un nuevo proyecto de adelanto local y no cejaba



hasta llevarlo a feliz término. Por la circunstancia de ser su más cercano subalterno y colaborador en las funciones administrativas del Territorio, y sabiendo, además, que antes de mi llegada a Magallanes había tenido la ocasión de adquirir alguna familiaridad en achaques de imprenta, me confió Don Manuel Señoret su propósito y me ofreció realizarlo a medias con él.

La idea de fundar un órgano de publicidad en Punta Arenas tuvo pronta actuación. Consultamos inmediatamente catálogos americanos para formar un establecimiento de imprenta modesto pero completo; hicimos, sin más trámite, el pedido respectivo y en Noviembre de 1893, en una casita situada en el centro de una propiedad de Don Juan Bitsch, en la calle Concepción —hoy calle Roca— ya teníamos instaladas las máquinas de imprimir con todos sus accesorios: chibaletes, cajas, tablas, mesas de compaginación, ramas, galeras, componedores; un buen surtido de tipos con su dotación de filetes, corchetes, bigotes, orlas, interlíneas; papel, tinta y, en fin, todos los elementos necesarios para sacar a luz, ufano y robusto, el futuro adalid del progreso magallánico. Más nos sorprendió de repente un terrible interrogatorio: ¿quién se encargaría de distribuir las letras en las cajas y sucesivamente, de la composición del periódico?

### OBSTACULOS QUE SE PRESENTABAN

Nuestras indagaciones para descubrir en la localidad algunas personas prácticas en el ramo de imprenta, hasta ese momento no habían obtenido resultado y no quedaba otro arbitrio que traer obreros competentes del norte del país o bien intentar nosotros mismos la obscura tarea. Descartamos enseguida el primer temperamento en vista de que ya teníamos anunciada para fines de Diciembre la salida de un número extraordinario que llevaría el nombre de "El Precursor de El Magallanes" y que nos serviría de pauta para organizar a firme la marcha del periódico venidero, sin mayores tropiezos. Debíamos, pues, hacer lo posible para salir del paso aprovechando la escasa experiencia adquirida anteriormente.

Si bien mi jefe y socio en esta "cavalaverada" periodística me consideraba casi un técnico en la materia, por aquello de mis aficiones juveniles ya aludidas, la triste verdad era que yo como cajista cojeaba por ambas piernas, quiero decir por

ambas manos, y, por una debilidad muy comprensible, trataba de disimular mi torpeza haciendo alarde de la misma erudición falaz con que ahora acabo de enumerar toda una serie de materiales y útiles tipográficos, que la moderna linotipia ha relegado en su mayor parte a la historia.

Con lo dicho, no necesito referir, uno por uno, todos los fracasos que dieron tono y originalidad a mi pretendida pericia en el arte de Gutenberg. Los "pasteles" estaban a la orden del día y nos obligaban a un trabajo penoso de reconstrucción, que, en vez de hacernos adelantar en nuestra tarea de preparación de las cajas, nos hacía retroceder desde el punto de partida. Aquello era el mundo al revés o, más típicamente, el avance negativo del cangrejo.

### CAJISTAS IMPROVISADOS

Hablo en plural, porque el contagio de las letras titulares, corridas, redondas, bastardillas, versalitas, etc., se había extendido con caracteres muy peligrosos entre los amigos más íntimos "de la casa" y ya eran muchos los aficionados que acudían diariamente a la imprenta para contribuir con su obra desinteresada al empastelamiento general. Figuraban en el estado mayor de este personal voluntario algunos "cajistas" que podríamos llamar de excepción, como por ejemplo, el ya recordado Almirante Señoret; el Doctor don Lautaro Navarro Avaria, que sería después, durante diez y ocho años y hasta su prematuro fallecimiento, la más noble personificación de los ideales de bien público sustentados por "El Magallanes"; el Doctor don Caupolicán Pardo Correa, que estaba entonces en los albores de su carrera y que ha sido más tarde un distinguido profesor universitario y el fundador en Santiago del Instituto del Cántico; y otros de talla parecida. Como se ve, el niño en proceso de laborioso nacimiento, tenía muchos padrinos y a cual más eminente.

Sin embargo las cosas iban de mal en peor y empezaba a cundir entre las filas de los cajistas noveles, cierto desaliento. Por suerte, una ayuda providencial tuvo la virtud de sacarnos de apuros. En uno de esos días de mayor confusión vino a visitar la imprenta un amigo argentino, de paso a Ushuaia, Don Luis Figue, a la sazón subprefecto marítimo de aquel puerto y que poco después ya retirado del servicio, solicitó y obtuvo de la Gobernación del Territorio, el permiso para ocu-



par un lote de tierras en la Isla Navarino, correspondiéndole por lo tanto el mérito de haber sido el primer poblador de ese lejano paraje.

### SE INICIA LA OBRA

El buen amigo Figue no tardó en darse cuenta del grado de preparación de mis ilustres cadetes en tipografía y, como consecuencia lógica, de la capacidad profesional del jefe técnico. Me pidió permiso para "reverdecer algunos recuerdos de su lucha por la vida" y sin reparar en mi cara alarmada por esta nueva amenaza, con gestos de gladiador se puso en mangas de camisa, tomó posesión de una caja y de un piquete de tipos, se hizo traer un jarro de agua para humedecer las letras y acto continuo sumergió las manos en los cajetines ya semi-empastados, con la intención aparente de completar la ensalada. A todo esto, yo, sobrecogido por el temor de una catástrofe, no sabía qué actitud asumir.

No fue más que un instante de perplejidad. La máquina humana comenzó a funcionar con una rapidez vertiginosa y nos dejó a todos en un estado de estupefacción muy difícil de describir. Los brazos y las manos de Figue nos hacían el efecto de un molino en movimiento descomunal, las letras se desprendían de sus dedos con una velocidad, una precisión y una seguridad impresionantes. Estábamos literalmente dominados por la inmensa superioridad de ese auténtico disgregador y fabricante de líneas y no sabíamos cómo demostrarle nuestra admiración y nuestra gratitud.

Al cabo de ocho días de labor acelerada, pero inteligente y metódica, nos dejó Figue la imprenta en perfecto orden y lista para funcionar. Mientras tanto, y por colmo de ventura, vino también a ofrecer sus servicios un modesto obrero que había trabajado durante algunos años como cajista en un periódico de Ancud y quien a fuerza de buena voluntad vino a ser más tarde uno de nuestros buenos ayudantes tipógrafos. De manera que nuestra empresa periodística entraba por fin, en su periodo de realización.

### APARECE "EL MAGALLANES"

En la noche del 24 de Diciembre de 1893, algunos minutos antes que las

campanas de la Iglesia Parroquial hicieran oír sus alegres tañidos de Navidad. "El Precursor de El Magallanes" ya compuesto en sus ocho páginas, crujía bajo el abrazo vigoroso de la prensa.

A las ocho de la mañana del día siguiente la gritería característica de los suplenteros atronaba por primera vez las calles de Punta Arenas.

Trece días después, el 7 de Enero de 1894, aparecía el primer número de "El Magallanes", recibido con gran alborozo por toda la población.

### EL DR. LAUTARO NAVARRO

Antes de poner término a esta descolorida narración de las circunstancias de tiempo y de lugar en que salió a luz el primer periódico de Punta Arenas, sienta el deber de referirme al hombre que de "El Magallanes" ha sido durante casi dos décadas su más firme sostén, por el prestigio de su nombre, por la serenidad de sus juicios, por la grandeza de su alma, por la rectitud inmaculada de sus procedimientos.

La personalidad del Doctor Navarro quedará en la vida de "El Magallanes" como la expresión más pura de los sentimientos de elevado patriotismo que han fijado rumbos al decano de la prensa local.

Es justo recordar también en este aniversario, los hombres esforzados que a la empresa de "El Magallanes" dieron un vigoroso impulso, reemplazando su antigua maquinaria por otra moderna, ampliando sus instalaciones, organizando sus dependencias con criterios más prácticos y eficientes que los de otros tiempos, mejorando sus servicios informativos y su material de lectura y, en resumen, dando al diario el aspecto y la esencia de un órgano de publicidad a la altura de la importancia que universalmente se le reconoce a la cuarta ciudad de Chile.

Me refiero a los actuales propietarios de la Empresa, señores Hrdalo, y, en orden cronológico, a don Pedro y a don Mateo, ya fallecidos, y a don Marcos, que sigue con espíritu indomable las tradiciones que forman el patrimonio moral de "El Magallanes".

JUAN B. CONTARDI.



## INDICE

|    |                                                                       |      |    |
|----|-----------------------------------------------------------------------|------|----|
| 1. | Esta Babel magallánica. Prólogo de Roque Esteban Scarpa . . . . .     | Pág. | 5  |
| 2. | Reminiscencias de un antiguo vecino . . . . .                         | "    | 7  |
| 3. | Punta Arenas en 1888—1889 . . . . .                                   | "    | 9  |
| 4. | La pequeña Babel magallánica en 1888—1889 . . . . .                   | "    | 13 |
| 5. | Mormones y otras especies dañinas en Magallanes . . . . .             | "    | 19 |
| 6. | Colectividad británica en Magallanes . . . . .                        | "    | 21 |
| 7. | El Gobernador Don Diego Dublé Almeida . . . . .                       | "    | 25 |
| 8. | Julio Popper . . . . .                                                | "    | 33 |
| 9. | Fundación del diario "El Magallanes" y ambiente de la época . . . . . | "    | 43 |



Juan B. Contardi

**LA  
PEQUEÑA BABEL  
MAGALLÁNICA 1888-1889**

**MUSEO DE LA PATAGONIA**

**Punta Arenas - Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.**

**DISEÑO: DEPARTAMENTO DE DISEÑO MUSEOGRAFICO**

**IMPRESIÓN: DIARIO EL RANCAGUINO O'CARROL 518 RANCAGUA CHILE 1975**